Un regalo de el Estado
Vega
11631

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

15

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª par
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª par
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde ma
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Aceitar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte d
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganz
¡Es un bandido!

UN SECRETO DE ESTADO.

DRAMA

EN TRES ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

PERSONAS.	ACTORES.
CARRFORD, *coronel puritano.*	*D. Pedro Sobrado.*
SIR JORGE HAMILTON, *caballero.*	*D. José Diez.*
NORVAL, *alferez puritano.*	*D. Julian Romea.*
WILFRID, *soldado.* . . .	*D. Juan Fernandez.*
MACDOWEL, *sargento.* . .	*D. Antonio de Guzman.*
ENRICO, *criado.*	*D. José Ramirez.*
LADY MELROSE.	*D.ª Matilde Diez.*
ARABELA.	*D.ª Josefa Rizo.*
ACOMPAÑAMIENTO.	

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa un salon del castillo de Lady Melrose.

ESCENA PRIMERA.

ARABELA.

(*Sale azorada y se dirige á la ventana.*)

Qué cruel incertidumbre es esta!—Nada!... nada se ve ni se oye!—Dios mio! esto es un desierto!... La batalla se ha dado á pocas millas de aqui, y no sabemos el resultado...—Oigo pasos!... quién será?... alguien que traerá noticias... cómo palpita mi corazon!...

ESCENA II.

ARABELA, SIR JORGE.

Jorge. (*Sale receloso.*) Qué es esto!... á nadie encuentro en el castillo!...

Arabela. Me engañan mis ojos!... El es!... Sir Jorge!...

Jorge. Cielos!... Arabela!...

Arabela. Vos aqui!... esa turbacion!... Hablad... qué nuevas?...

Jorge. Nada sé: mis esfuerzos por ir á unirme al ejército real han sido inútiles: por todas partes hay destacamentos de puritanos: yo hubiera arrostrado la muerte pasando por medio de ellos: pero, Arabela, no es mi vida

677607

la que yo debo salvar: otra prenda mucho mas preciosa me está encomendada. Veis estos papeles?... veis este pliego con el sello real?... Este es un secreto sagrado de que yo debo responder á mi padre, al rey, á Dios!... Si cae en manos de nuestros enemigos... seré un miserable sin honor!

Arabela. Y cuál es vuestro intento?

Jorge. Suenan pasos?... (*Yendo á la ventana.*) No.—Cuál es mi intento?... Salvarlo... salvarlo á toda costa.—Los puritanos me han descubierto, y he tenido que huir... Un destacamento enviado por el coronel Carrford me persigue sin descanso.

Arabela. Por Carrford?...

Jorge. Sí: pero este castillo, donde nunca he estado, será el último que les inspire sospechas... y quizá los respetos debidos á Lady Melrose... Esto me ha decidido á entrar en él á pediros hospitalidad por algunas horas.

Arabela. Ah! seré yo tan feliz que tenga en mi mano el conservar vuestra vida!...

Jorge. Ah!... qué habeis dicho?

Arabela. (*Conteniéndose.*) Sí, la vuestra, la de cualquier amigo de los Estuardos...

Jorge. No, no!... dejadme creer en esa dicha que me han descubierto vuestras palabras anteriores...

Arabela. Qué he dicho yo?

Jorge. No me quiteis una ilusion celestial que me infundirá doble valor para sufrir la vida de proscrito...

Arabela. (*Azorada.*) Calmaos... calmaos... creo que viene gente...

Jorge. Cielos!... en este momento!...

Arabela. (*Prestando el oido.*) Sí, sí!... venid... yo os ocultaré. (*Toca un resorte que hay en la pared y se abre una salida secreta.*) Por aqui vais al subterráneo... al panteon de la familia... que tambien tiene salida al parque...

Jorge. Os volveré á ver?

Arabela. Dios lo dirá!—Aguardad ahí á que sepamos el éxito de la batalla. Si fuese favorable, mi madre hará entonar á sus criados aquel canto...

Jorge. Nuestro himno nacional!

Arabela. Esa es la seña que debeis aguardar: en cuanto la oigais, salid, y os hallareis en los brazos de vuestros amigos!...

Jorge. Arabela!... mi angel tutelar!...

Arabela. Entrad, entrad, que vienen!—(*Entrase Sir Jorge: la puerta se cierra.*) Quién será?... Estoy toda temblando!

ESCENA III.

ENRICO. ARABELA.

Arabela. Qué traes, Enrico? qué hay de nuevo?

Enrico. Nada se sabe de positivo todavia, señorita.

Arabela. Nada!... Una hora hace que ha cesado el ruido del combate... y nadie viene á sacarnos de inquietud... nadie sabe decir quien ha conseguido la victoria!

Enrico. Dios habrá oido tal vez vuestras súplicas y las de Lady Melrose, vuestra madre!

Arabela. Ah! tú confias, Enrico, no es verdad?... tú confias que el ejército real habrá vencido á los rebeldes?... y que muy pronto Carlos Estuardo, el hijo de aquel que murió en el cadalso, entrará victorioso en el palacio de sus mayores?

Enrico. Asi lo espero. La república existe solo de nombre; ni aun los mismos republicanos creen que se prolongue su existencia. Como se logre reducir únicamente á algunos oficiales puritanos que aun imponen su voluntad á la tropa, cansada ya de guerra civil; como se haga rendir las armas á Monck, á Trockmorton, y sobre todo, á ese energúmeno coronel Carrford... yo respondo que en muy pocos dias...

Arabela. Qué dices?... el coronel Carrford!... Yo no le conozco... pero no es ese nombre el que hace estremecer á mi madre, siempre que lo pronuncias delante de ella?

ESCENA IV.

DICHOS.—LADY MELROSE.

Lady. (*Que ha salido al decir Arabela lo anterior, se llega á su hija y le estrecha la mano.*) Verdad es, hija mia!... al escuchar ese nombre siento un terror invencible, y...

Arabela. Y acaso sin fundamento?...

Lady. Qué sé yo!... quizá solo mi aversion á todo enemigo de los Estuardos...

Arabela. Pero los Estuardos tienen otros enemigos mil veces mas temibles que ese coronel Carrford; y sin embargo, ese nombre, mas que otro alguno, os hace... Oh! bien lo tengo observado... ya sabeis que no es esta la primera vez que os he preguntado el motivo.

Lady. El motivo...—Enrico, id á ver si alguno de nuestros amigos ha vuelto; y cuando sepais cual ha sido el resultado de la batalla...

Enrico. Vendré á decíroslo, milady.—(*Vase.*)

ESCENA V.

LADY MELROSE. ARABELA.

Arabela. Ya estamos solas, madre mia, ahora podeis...

Lady. Arabela, si he despedido á Enrico, ha sido solo porque no oiga la reconvencion que voy á hacerte.

Arabela. Dios mio! cuál? me habeis asustado!

Lady. En adelante no vuelvas á empeñarte... me lo prometes, sí?... no vuelvas á empeñarte en averiguar un secreto que tu madre no quiere... ni debe descubrirte.

Arabela. Ah! perdon os pido, perdon, madre mia! Si os lo he preguntado con tal instancia, no creais que era curiosidad, no: era cariño. No tiene derecho una hija para reclamar una parte en los pesares de su madre?

Lady. Pesares!... si los tuviera, hija mia, los olvidaria á tu lado. Confieso que al oir pronunciar el nombre de ese Carrford, se agolpan á mi imaginacion crueles memorias... memorias que no me es dado arrancar de mi alma!... Pero la verdad es que nunca le he visto, que no conozco al coronel puritano que lleva ese nombre, y que... En fin, ya lo ves, son miedos imaginarios que luego se desvanecen... y que al cabo lograré desterrar del todo. Mas si acaso volvieran á asaltarme, no olvides, mi querida Arabela, no olvides que este secreto debe morir aquí... (*Señalando el corazon.*) y no me preguntes mas.

Arabela. Yo os lo prometo!

Lady. Ahora bien, mira si soy exigente!... yo me niego á

confiarte mis secretos... y voy á pedirte que me digas los tuyos.

Arabela. Los mios!... no los tengo! Para vos, madre mia, no tengo secretos.

Lady. (*Tomándola la mano.*) Pues qué mudanza es esa que he notado en tí?—Escúchame, hija mia.—(*Siéntase: Arabela lo hace en una banqueta mas baja que coloca á sus pies.*) Nunca te has separado de mí, sino una vez que fuiste á pasar algunos dias en compañia de mi prima la duquesa de Macfield. Hasta esa época, solas las dos, aisladas, encerradas en este castillo solitario, sin mas ocupacion que cuidarme tú con cariño, y formar yo planes para tu suerte futura, hemos vivido enteramente estrañas á todo lo que pasaba al rededor nuestro. Y á qué habia yo de afligirte con el relato de nuestras discordias, de nuestras guerras civiles?... Asi es que nunca quise esplicarte lo que era el pretendiente, ni Cromwel, ni los caballeros, ni los puritanos... en fin, ni aun sabias á punto fijo por cual de los partidos habia muerto tu padre, el noble conde de Melrose, cinco años há, en el campo de batalla.—De qué procede, pues, que á la vuelta de esos ocho dias de ausencia te hálles tan enterada de todo eso que yo queria hacerte ignorar?

Arabela. Madre mia!...

Lady. De qué procede que tu tierna imaginacion se exalte ahora tanto con ideas... nobles y generosas, eso sí!... pero que antes ni siquiera comprendias?... En fin, de qué procede que te hayas vuelto mas ardiente partidaria que yo misma de la causa del rey? Respóndeme!... Sí, respóndeme... te lo repito, una madre es siempre exigente cuando se trata de obligar á su hija á que la descubra su corazon... y yo quiero saberlo todo, lo quiero!

Arabela. Pero, madre mia, qué quereis que os diga?... Yo no tengo ningun secreto... os engañais!...

Lady. Sin embargo...

Arabela. Os lo repito: en mí no hay mudanza. Esto es solamente que... con la edad viene la reflexion... y.... creedme, nada os oculto, nada tengo que contaros.

ESCENA VI.

DICHOS.—ENRICO.

Enrico. (*Apresurado.*) Milady!... milady!... Somos perdidos!...

Lady. Qué dices, Enrico?

Enrico. Los enemigos han vencido... se perdió la causa del rey!

Arabela. Cielos!

Enrico. Un destacamento de puritanos acaba de entrar en el castillo al mando del alferez Norval, un exaltado republicano, que viene á ocuparlo militarmente por orden del coronel Carrford.

Lady. (*Dando un grito de terror.*) Ah!

Arabela. (*Aparte.*) Cielos! siempre el mismo terror al oïr ese nombre!

ESCENA VII.

DICHOS.—NORVAL. WILFRID. *Soldados puritanos.*

Norval. Soldados, custodiad bien todas las puertas: tú en esa... tú en aquella... y tú... ah! perdonad, padre, sois vos!...

Wilfrid. Yo, que soy soldado como los demas, y como ellos debo obedecer.—Mi alferez, cuál es mi puesto?

Norval. Quedaos conmigo, padre.—Y vosotros, atencion! Nadie ha de salir del castillo.

Lady. Señor oficial, á qué fin son esas órdenes? qué quereis?

Norval. Descubrir á un caballero que se ha ocultado, y no puede estar sino en esta casa.

Arabela. (*Asustada.*) Aquí no hay nadie!...

Norval. Ahora lo veremos. (*Dirígese hácia la izquierda con Wilfrid y otros soldados.*)

Lady. Qué tienes, Arabela?

Norval. (*Deteniéndose.*) Eh?... qué decíais, señora?

Lady y Arabela. Nada! nada!

Norval. Nada?—Pronto veré si mis sospechas son infundadas... Y desgraciado de él si cae en mis manos: el Parla-

mento no perdona y su sentencia es terminante: á las dos horas de hallarle, fusilado!

Lady y Arabela. Fusilado!

Norval. Ea, seguidme, seguidme. (*Entranse por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ARABELA. LADY MELROSE.

Lady. Hija mia, estás trémula... apenas puedes sostenerte!... por qué fijas los ojos en ese lado?

Arabela. Ah!... por ese lado no le hallarán... no lo temo!

Lady. Esplícate por Dios!— A esa parte está la puerta de la galeria que conduce al panteon de nuestra familia, y que solo nosotras y Enrico conocemos... Habla!... qué ha pasado?... Me tienes muerta de sobresalto!

Arabela. Ah! madre mia... oid... oid el secreto que deseabais arrancarme. En los ocho dias que he pasado con mi tia la duquesa de Macfield he conocido á un oficial del ejército del rey, proscrito por nuestros enemigos, y á quien la duquesa habia dado hospitalidad para salvarle de la muerte.

Lady. Su nombre?

Arabela. Sir Jorge Hamilton. Oyéndole referir sus padecimientos, aprendí á lamentar los males de la patria: oyéndole contar la sangrienta catástrofe de Carlos I, no pude menos de pedir á Dios el triunfo de Carlos II.— Pues bien, ahora mismo... pocos momentos ha, me encontré aqui á ese joven proscrito y fugitivo, que buscaba un asilo, no para libertar su vida, sino para salvar unos papeles importantes de que es depositario y que el coronel Carrford ha ofrecido entregar al parlamento.

Lady. El coronel Carrford!

Arabela. Decid, madre mia, he hecho mal en dar un asilo á ese desgraciado?

Lady. Pero dónde está?... Dios mio!... dónde está?

Arabela. Yo toqué ese resorte que las dos únicamente sabemos y le ocultè en el panteon de nuestra familia, previniéndole que no saliese sino á una señal convenida.

Lady. Una señal!... y cuál?

Arabela. Confiada yo, como vos, en la justicia del cielo,

y dando por segura la victoria del ejército real, calculé que al recibir aquí á los vencedores, todos entonaríamos aquel canto... ya sabeis...

Lady. Si, el himno nacional de Inglaterra.—Pero nuestras esperanzas se han frustrado!

Arabela. Ese himno hubiera sido la señal que anunciase á Sir Jorge que su vida no estaba ya en peligro. Entonces se hubiera presentado en este salon... entonces os lo hubiera yo descubierto todo... y estoy segura de que hubierais aprobado mi conducta.

Lady. Dios mio!... pero esos soldados van á hallarle!...

Arabela. Aquí vuelven... no!... no le han hallado!

Lady. Calla por Dios!... ya estan aquí!... disimula... piensa que una palabra, una mirada imprudente puede infundirles sospechas y entregarles el proscrito.

Arabela. No tengais cuidado... yo me contendré.

ESCENA IX.

DICHAS.—NORVAL. WILFRID.

Norval. No hay nadie!

Wilfrid. Ni señales de tal caballero.

Lady. Bien os lo habia yo dicho, señor oficial.

Norval. Perdonad, señora, si ejecuto en todas sus partes la orden que he recibido. La salidas del castillo, los jardines, el parque... hasta la puerta de hierro que conduce al panteon... todo está custodiado.

Arabela. Cielos!

Norval. Y yo voy á permanecer en este salon donde mis soldados vendrán á darme parte del resultado de sus pesquisas.

Arabela. (*Aparte á Lady.*) En este salon!... si sospechará?...

Lady. (*Aparte á Arabela.*) Calla!... ten serenidad! — Os dejamos en él, señor oficial, y vamos á pedir á Dios que proteja á los proscritos y perdone á sus perseguidores. Ven, Arabela.

ESCENA X.

NORVAL. WILFRID.

Norval. (*Mirándola irse.*) Cómo es eso?... que perdone...
Vilfrid. Tiene razon!
Norval. Vamos, padre!
Vilfrid. Mi alferez, digo que tiene razon: y yo, como ella, celebraré en el alma que Sir Jorge se nos escape.
Norval. Y yo espero lo contrario.
Vilfrid. Es un leal y valiente joven, yo le conozco!
Norval. Es partidario de los Estuardos, y yo los aborrezco á todos.
Vilfrid. Pero es un inglés, un conciudadano; y cuando le veo desgraciado no me informo si es partidario de la república ó del rey.
Norval. No espereis ablandarme: seré inexorable con él.
Vilfrid. Inexorable!... Norval, si le conocieras como yo, cerrarias los ojos y le dejarias escapar.
Norval. No lo creais.
Vilfrid. Te digo que sí.
Norval. Os juro que no, padre.
Vilfrid. Pues yo te juro, mi alferez, que le dejarias escapar.
Norval. No disputemos: ya sabeis que en tratándose de política no estamos nunca de acuerdo.
Vilfrid. Es verdad: yo lo confieso, soy partidario del rey.
Norval. Pero sois soldado de la república.
Vilfrid. Y la serviré leal y fielmente... mientras me pague...: pero, la verdad, no me gusta, no la puedo sufrir.
Norval. Padre!...
Vilfrid. Lo dicho, mi alferez; la detesto.—Ah! en tiempo de Cromwel, era otra cosa!... Entonces no digo... Con aquel hombre daba gusto batirse!... era una gloria morir á su lado!—Pero despues no se han visto mas que aventureros, que sin mérito alguno han venido á repartirse á pedazos la herencia del Protector... testigo nuestro coronel...
Norval. Adios!... ya volveis al tema del coronel, y va á empezar de nuevo la disputa!...
Vilfrid. Sí... testigo nuestro coronel Carrford... ese hom-

bre que ha salido qué sé yo de donde, que nadie conocia cuando nos le enviaron á mandarnos... que era médico, segun he oido decir. Carrford!... un perdido...

Norval. Por Dios, padre, no hablemos de eso...

Vilfrid. Carrford!... un intrigante, un libertino arruinado en el juego y en los lupanares, que trata de rehacer su fortuna vendiéndose á los caprichos del parlamento, y que se ha apoderado de tí hasta el punto de haberte comunicado su dureza, de haberte convertido en instrumento de sus intrigas y de su ambicion.

Norval. Por última vez, quereis no hablar de eso?

Vilfrid. Carrford!... que nos obliga hoy á perseguir y entregar al suplicio un joven cuya vida quisiera yo salvar á costa de la mia! Carrford en fin, á quien has ofrecido tú... tú Norval!... convertir tus soldados en espias y verdugos!

Norval. Ea, callad!... callad!

Vilfrid. Hola!... bueno será que vengas ahora á imponerme silencio!

Norval. Sabeis que si no fuerais mi padre os costaria caro lo que acabais de decir?

Vilfrid. Y sabes tú que si no fueras mi hijo, ya te hubiera enviado á los infiernos, aunque me pusieras ante un consejo de guerra?

Norval. Un consejo de guerra!... cielos! qué habeis dicho? Ah! padre, perdon, perdon!...

Vilfrid. Perdona tú, mi alferez.

Norval. Conozco que me he acalorado.

Vilfrid. No: he sido yo.

Norval. No: yo he hecho mal.

Vilfrid. Nada de eso!... he sido yo, yo solo... maldita cabeza!... soy incorregible!... siempre me olvido de la subordinacion que debo á mi alferez.

Norval. Y yo me olvido del respeto, de la gratitud eterna que os debo por los desvelos que os ha costado mi infancia... Ah! sí, de nuevo os pido que me perdoneis!— Cuando joven servisteis á los Estuardos, y á vuestra edad no puedo exigiros que renegueis de vuestros principios y prescindais de las afecciones de la juventud. Por lo mismo os ruego que me dejeis tambien á mí con mis convicciones. Y no creais que yo me hago ilusion respecto al porvenir de la causa que defiendo, no! — Cerca

está el dia... muy cerca tal vez, en que debe hundirse y triunfar la vuestra. Pero entonces... os lo juro aqui solemnemente, padre!... entonces no ofreceré al servicio de Carlos II este brazo que habia consagrado á la causa del Protector; eso no!—Cuando llegue ese dia, romperé la espada.

Vilfrid. Eso yo te lo prohibo... me entiendes? Te lo prohibo!... porque si es verdad que yo debo obedecerte cuando se trata del servicio y de la disciplina, tú debes obedecerme á mí cuando se trata de tí, de tu dicha, de tu gloria... de tu existencia!— Oh! en esto no he de ceder un ápice, y te he de hablar como padre, y no como soldado. —Ademas, qué importa que nos gobierne un rey, ó un parlamento, ó un protector, ó un diablo? Siempre será á la patria á quien servirás!... y ella será la que te dé gloria, y grados, y títulos, y honores.

Norval. Títulos!... honores!... á mí!

Vilfrid. Y por qué no? Tan mal concedidos estarian? — Siempre yo acá, para mí, he tenido esperanzas de que mi Norval,.. mi hijo, llegaria á verse algun dia en muy elevada posicion.

Norval. Pues bien, quiero confesaros mi debilidad: tambien yo he soñado alguna vez lo mismo.

Vilfrid. Hola! te he pillado: es ambicioso el señor republicano?

Norval. Ambicioso no... pero... Mirad, siempre me acuerdo de los primeros años de mi vida: me acuerdo de aquella cabaña donde pasé mi niñez, sin ver á nadie mas que á vos, que me criásteis con cariño: me acuerdo que me enseñásteis á pronunciar con respeto el nombre del último rey de Inglaterra...

Vilfrid. Que murió en un cadalso!

Norval. Alguna que otra vez me hablábais de mi madre... á quien no he conocido... cuyas caricias no he disfrutado jamás! Me decíais que habia muerto al darme á luz.

Vilfrid. Sí, murió. (*Aparte.*) A lo menos para tí.

Norval. Tambien de cuando en cuando me enseñábais un retrato...

Vilfrid. Ahora está cubierto con un velo negro.

Norval. Y entonces, como ahora, llorábais... sí, llorábais arrodillándoos delante de aquel cuadro.

Vilfrid. Es cierto!—Y tú, Norval?

Norval. Yo lloraba tambien... participaba de vuestro dolor, aunque sin comprenderlo. — Tambien me acuerdo que muchas veces me decíais que un dia llegaria yo á ser un señor poderoso, y á mandar muchos hombres... Oh! sí, vos me lo decíais, padre!

Vilfrid. Es cierto, es cierto... y te lo repito ahora.

Norval. Y me enseñábais á cantar con vos ese himno, que ahora...

Vilfrid. Sí, que ahora el parlamento ha declarado sedicioso!... Nuestro himno nacional!... Y qué ha logrado con proscribirlo?... que no se cante en alta voz... pero sí mas á menudo. (*Tarareando el* GOD SAVE.) God save the king!...

Norval. Callad, padre... callad!

Vilfrid. Y qué! lo has olvidado, Norval? Ese himno debe hacer palpitar el corazon de todo buen ingles!... él ha sido el que durante siglos nos ha llevado á la victoria.— (*Cantando con entusiasmo.*) God save the king! &c.

Norval. (*Interrumpiéndole.*) Por Dios, padre!... si os oyen!... (*Mientras Vilfrid canta, la entrada secreta se abre, y aparece en la escena sir Jorge.*)

ESCENA XI.

DICHOS.—SIR JORGE: *luego.* LADY MELROSE *y* ARABELA: *luego* SOLDADOS.

Vilfrid. (*Viéndole.*) Dios mio!... no me engaño!... él es!... sir Jorge!

Norval. Jorge Hamilton... no es verdad, padre?

Jorge. El mismo, víctima sin duda de algun lazo infernal! (*Salen lady Melrose y Arabela: sir Jorge las mira.*) Jorge Hamilton, que no esperaba verse entregado á sus enemigos en los salones de lady Melrose. Una señal que debia anunciarme la victoria del egército real, se me da por los esbirros del parlamento!

Arabela. Sir Jorge, podeis sospechar?...

Jorge. No, señora, no: vos no sois... ni podeis ser cómplice de esta horrible traicion.—(*A Norval.*) Estoy en vuestro poder: qué tardais en llevarme al suplicio?

Arabela. (*Cayendo á los pies de Norval.*) Ah! perdon!... perdon!

Lady. Sereis inexorable?

Norval. Levantad, señora!... Y vos, milady, lleváosla de aquí... lleváosla... porque mi deber me manda ser sordo á sus ruegos... y no hay remedio!—Yo apelo á sir Jorge... apelo á él mismo: preguntadle si los partidarios del rey nos perdonan cuando obtienen una victoria: preguntadle si alcanzaron gracia doscientos soldados puritanos cogidos en el campo de batalla: preguntadle, en fin, si cuando un poder soberano ha dictado una sentencia de muerte, toca á un soldado impedir su egecucion.—No: aunque yo quisiera, aunque deseara renunciar á tan justas represalias, aunque me propusiera deponer todo espíritu de venganza contra uno de los mas temibles enemigos de la república, no está en mi mano salvar á Jorge Hamilton.

Arabela. (*Echándose llorosa en brazos de lady Melrose.*) Ah! madre mia!... se ha perdido!

Lady. (*Sosteniéndola y llorando tambien.*) Y ha de hallar la muerte en mi casa el que buscaba en ella hospitalidad!

Vilfrid. (*A Norval.*) Mira lo que haces, mi alferez!... es un conciudadano... un ingles como tú.

Norval. (*Procurando reprimir su conmocion.*) Dejadme, padre, dejadme...

Jorge. (*Acercándose á Norval.*) Señor oficial, me retracto de las espresiones injuriosas que os he dicho, porque veo en vuestro rostro el esfuerzo que os cuesta cumplir este triste deber: y como acaso en el fondo de vuestro pecho concedais alguna estimacion á este enemigo, cuya muerte estais obligado á ejecutar, me atrevo á haceros una súplica.

Norval. Hablad: qué quereis?

Jorge. Todos mis amigos estan proscritos como yo; y habiendo alcanzado vosotros la victoria, es seguro que ninguno de ellos quedará con vida para poder llevar á la condesa Hamilton... á mi anciana madre, el último adios de su hijo.

Norval. (*Aparte á Vilfrid.*) Ah! tiene madre!... Y he de ser yo quien le anuncie...

Vilfrid. (*Id.*) No tendrás valor... ni yo tampoco!

Jorge. Dadme palabra de decirla que he muerto fiel á mi causa... y pensando en ella!—Añadidla... que habia en el

mundo otra persona... (*Mirando á Arabela.*) cuya memoria, unida á la de mi madre, me acompañaba al suplicio: una persona que yo amaba... y á quien no se lo he descubierto sino á la hora de morir. Cuando yo no exista, ruego á mi madre que la ame tambien en memoria mia... que la ame como hija suya. Se lo direis... no es verdad?

Norval. (*Mirando enternecido á Jorge y á Arabela.*) Yo os lo juro!

Jorge. Decidla, sobre todo, que he cumplido la promesa que hice á mi padre moribundo: que no he entregado á nuestros enemigos los papeles que confió á su hijo.

Norval. (*Con viveza.*) Unos papeles!... En efecto, ahora recuerdo... Las instrucciones que se me han dado me autorizan á concederos la vida, si logro que me confieis el secreto de estado de que sois depositario.

Jorge. Secreto de estado!... Estais en un completo error, señor oficial!—Esos papeles, que tenia yo en mi poder hace una hora, y que puse en seguridad, temeroso de lo que ha sucedido... aunque no los he leido, porque nunca hubiera tenido la osadía de romper el sello que los cierra, me consta... porque mi padre me lo confió, que no contienen secreto alguno de estado, sino... (*Llevándoselo aparte.*) sino el secreto de una muger... de una muger digna por sus virtudes del respeto y la veneracion de todos, y que se veria perdida, deshonrada, cubierta de vergüenza y de infamia, si tal secreto cayera en manos de nuestros enemigos. —(*En voz alta.*) Ya veis, señor oficial, que hasta mi propia madre, si estuviera aqui, me prohibiria, á riesgo de mi vida, entregar esos papeles.

Norval. Bien!... Sir Jorge, bien... tanta generosidad!... tanta nobleza!... (*Aparte á Vilfrid.*) Teneis razon, padre!... es un oficio horrible este que me mandan hacer!

Vilfrid. No es verdad que sí?

ESCENA XII.

DICHOS.—EL SARGENTO MACDOWEL.

Sargento. (*Dando un papel á Norval.*) Esta orden del coronel.

Todos. Del coronel!

Norval. (*Leyendo á media voz.*) «Llegaré poco despues que esta orden al castillo de Melrose: en él se ha refugiado el que estamos persiguiendo: me consta; y aun supongo que ya habreis mandado ejecutar la sentencia. Acordaos que respondeis con vuestra cabeza.»—Con mi cabeza!

Vilfrid. (*Aparte á Norval.*) Qué es eso!... qué tienes?

Norval. Nada, padre, nada.—(*Lee en voz baja.*) «El parlamento tiene tal interés en su captura, que ha decidido... (*Sigue leyendo para sí.*) Cielos!... qué he leido!... Ah! no hay remedio!... no hay remedio!—Sargento, redoblad vuestra vigilancia... que se releven las centinelas con la mas severa consigna... y que se coloque á mi padre... á mi padre, entendeis? en la puerta de hierro que da á los subterráneos del castillo.

Vilfrid. (*Aparte á Norval.*) Cómo!... y con qué objeto, Norval?

Norval. Padre, cuando se trata del servicio y de la disciplina...

Vilfrid. Bien, obedezco. — Pero no me mandes nada que tenga que ver con la ejecucion de esa sentencia... porque mira, Norval, que me pierdes!

ESCENA XIII.

NORVAL. LADY MELROSE. ARABELA. SIR JORGE.

Norval. (*Trayéndose vivamente á los tres á su lado.*) Mirad, sir Jorge... escuchad, Milady... mirad, mirad lo que me escribe el coronel Carrford!—(*Lee.*) «El parlamento tiene tal interés en su captura, que ha decidido por unanimidad conceder al alferez Norval, en premio de tan señalado servicio, el grado de capitan y la mitad de los bienes confiscados á sir Jorge Hamilton...»

Arabela. Cielos!

Lady. Qué horror!

Narval. Ya veis, sir Jorge... ya veis en qué concepto tan vil y despreciable me tienen!... Me dan á mí vuestros bienes, vuestro dinero... como se dan al verdugo los vestidos de su víctima!... y la espada de capitan, que no he podido alcanzar prodigándoles mi sangre en cien batallas, me la conceden en cambio de vuestra cabeza... Ah! miserables!!...—Enjugad esas lágrimas, señora... el proscrito que quereis salvar, tambien yo quiero ahora arrancarlo á la muerte... tambien yo quiero volverle á los brazos de su madre!

Jorge. Qué decís?

Arabela. Ah! será posible?

Norval. Volved inmediatamente al sitio donde estábais oculto... huid... escapaos de aqui antes que llegue el coronel Carrford.

Lady. (*Tocando el resorte de la entrada, que se abre.*) Por aquí... por aquí... Pero qué veo!... allí, á la entrada del subterráneo hay un centinela!...

Norval. Nada temais, es mi padre: yo sé cómo piensa... no le estorbará la salida.—Sir Jorge, dadme esa mano!

Jorge. (*Abrazándole.*) Ah! generoso amigo!... Adios!.... adios!...

Norval. Lady. Arabela. Adios!

ESCENA XIV.

LADY MELROSE. NORVAL. ARABELA.

Norval. Venga ahora lo que viniere: no me arrepiento de lo que he hecho. (*Aparte.*) Prefiero morir en lugar suyo, á que me paguen por matarlo!

Arabela. Ah! señor... contad con la gratitud de toda mi vida...

Lady. Y con la amistad y el aprecio de todo ingles que tenga un corazon noble y honrado!

Norval. Milady... señorita... solo una promesa exijo de vos. Si algun dia un pobre soldado puritano, proscrito á su vez, desgraciado, sin asilo...

Lady. Ah! no lo dudeis... yo le salvaré!

Arabela. Y yo tambien, como vos habeis salvado á sir Jorge... le salvaré á riesgo de mi vida.

ESCENA XV.

DICHOS. — EL SARGENTO MACDOWEL: *luego* CARRFORD *y* SOLDADOS: *luego* WILFRID.

Sargento. (*Anunciando.*) El coronel.

Arabela. Ah! yo estoy temblando!

Lady. (*Mirando con terror al coronel, que aparece.*) Gran Dios!... bien lo temia yo!... él es... el mismo!

Carrford. Alferez, dónde está sir Jorge Hamilton?

Norval. Lejos de aquí.

Carrford. Quién le ha dejado escapar?

Vilfrid. (*Saliendo.*) Yo, coronel.

Norval. (*Con viveza.*) Por orden mia.

Vilfrid. No es cierto: perdone mi alferez; yo he obrado contra la consigna y sin consultar á nadie. Solo yo soy responsable de la fuga del proscrito.

Norval. Padre, al coronel le consta que vos sois entre todos los soldados el que mas ciegamente obedece mis órdenes: asi, pues, os cansais en vano: vos no sois responsable de una consigna particular que os he dado yo, yo mismo.

Vilfrid. Repito y juro que eso no es cierto: he sido yo solo...

Carrford. Basta: los dos sois culpables, traidores á la república, y los dos sufrireis la misma pena de que habeis sustraido á sir Jorge.

Arabela y Lady. Cielos!

Vilfrid. En cuanto á eso, coronel... por lo que he observado desde mi puesto, creo que no la sufriremos ni el uno ni el otro. Apenas dejé libre á sir Jorge, corrió á unirse á la vanguardia del egército real, que debe estar ya á las puertas del castillo... (*Oyese música y vivas lejanos.*) Nuestras tropas cantaron victoria demasiado pronto: la reserva nos cargó, y... oís?... esa música entona el himno nacional...

Norval. Qué oigo?...

Carrford. Ese himno sedicioso...

Vilfrid. (*Abriendo una ventana.*) Mirad... ya llegan!... Veis como relevan nuestros centinelas?... Ya no teneis aqui

nadie á vuestras órdenes, coronel!—Y nosotros, querido Norval, nos hemos salvado!

Lady y Arabela. Salvados! (*La música se ha ido acercando.—Abrense las puertas, y aparece sir Jorge rodeado de caballeros.*)

ESCENA XVI.

DICHOS.—SIR JORGE. CABALLEROS.

Jorge. Coronel Carrford, vuestra espada.

Carrford. (*Despues de una pausa.*) Tomadla. (*Recorre con los ojos á los que le rodean, y los fija en Lady Melrose. Aparte.*) Cielos!... qué veo!... Ella es!... Lucia Barcklay... convertida en Lady Melrose!

Jorge. (*Alargando la mano á Norval.*) Amigo mio, muy en breve podré pagaros lo que os debo. (*Norval sin responderle saca la espada y va á entregársela.*) Qué vais á hacer?...—A escepcion de sir Carrford, todos los oficiales conservan sus grados en nombre del rey Carlos II.

Norval. El rey Carlos II!... Lo juré delante de mi padre: el dia en que pereciese la república, romperia mi espada.—Yo nunca falto á mis juramentos. (*Rompe la espada.—Carrford tiene fijos los ojos en Lady Melrose, que lo mira tambien con terror.*)

Acto segundo.

El teatro representa una parte del parque de san James. A un lado la verja del palacio de White-Hall. En el proscenio un banco al pie de un arbol.

ESCENA PRIMERA.

WILFRID. EL SARGENTO MACDOWEL. SOLDADOS.

(*Vilfrid, con uniforme de alferez, está sentado en el banco, rodeado de soldados, y bebiendo con ellos.*)

Sargento. Se conoce, señor Vlfrid, que sois hombre campechano: no os desdeñais ahora de beber con nosotros!

Vilfrid. Ahora que soy alferez?... es verdad. Vuestro antiguo compañero ha merecido del rey que lo eleve tan alto... pero los honores y los grados no pueden cambiar mi naturaleza: siempre el mismo!... siempre vuestro amigo, siempre dispuesto á trincar como antes con mis compañeros de glorias y peligros. A vuestra salud, camaradas!

Sargento. A la vuestra, mi alferez!

Soldados. A la vuestra! (*Beben todos.*)

Vilfrid. (*Suspirando.*) Ay! aunque parece que estoy contento, tengo acá en el fondo... una pena que á veces no puedo disimular! Ya sabes lo que digo, Macdowel!

Sargento. Ah! sí, ya sé!... por motivo de... de aquel que está allí de centinela. (*En este momento un centinela aparece atravesando la escena, sin que el público lo vea*

de cara.—Todos se levantan y lo miran con interés.)

Vilfrid. Justamente... ahí le teneis!—Vamos, yo no puedo acostumbrarme á mandarle!

Sargento. Lo mismo me sucede á mí... y á todos. Por mas que sea mi subalterno, y soldado como los demas... no podemos menos de tratarlo con respeto... y muchas veces nos distraemos, y al verlo llegar le echamos arma al hombro.

Vilfrid. Y con justicia!—Verlo de soldado cuando merecia ser general! (*Aqui el centinela desaparece.*) Y pensar que soy yo la causa de que haya vuelto á tomar el mosquete?... Sí, yo! —Hará cosa de dos meses... iban á vender mi cabaña para pago de... pues, porque desde que soy alferez de la guardia de S. M., tengo menos dinero que antes. En fin, yo me apesadumbré mucho, porque aquella pobre cabaña, donde murió mi padre, donde ví nacer á Norval, era para mí un palacio!... allí encontraba yo reunidos como por encanto los recuerdos de toda mi vida... y aquello iba á desaparecer para siempre!... Ya la justicia iba á apoderarse de un cuadro que durante la guerra civil habia yo logrado conservar con un esmero religioso... y no tenia yo tres guineas para rescatarlo... No habia mas remedio que verlo llevar... y aun creo que se me saltaban las lágrimas!...—De repente le veo entrar, y tirar á los esbirros una bolsa bien rellena de dinero... insinuándoles, con modos no muy atentos, que tomasen la puerta. Se largaron: yo me quedé sorprendido... le pregunté de donde habia sacado aquella suma, porque él estaba tan pobre como yo... Nada, no me respondió; no hizo mas que abrazarme con mucha tristeza!... Pero al dia siguiente lo supe todo: el infeliz se habia vendido!—Ahí le teneis de centinela en el parque de san James... á mis órdenes y á las tuyas, Macdowel... A pesar de haber jurado no continuar en la milicia, solo por ampararme se ha hecho soldado de la guardia de Carlos II.

Sargento. Pero eso no puede durar mucho...

Vilfrid. Ya se vé que no: es preciso que se decida á aceptar un grado... qué diablos!... en cuanto lo pida...

Sargento. Ya; pero él no lo pide, ni lo quiere: en eso está tan obstinado...

Vilfrid. Yo me obstinaré mas... y veremos quien gana. Hoy

mismo le he de hablar de ello... es preciso que haga algun caso de su padre...

Sargento. Ya vienen allí los coches de los convidados al baile de palacio.

Vilfrid. Ea, pues á nuestros puestos: Macdowel, vete con los camaradas. Así que cierre la noche, doblarás las centinelas. Yo voy de paso á decir dos palabras al nuevo compañero. Chicos, hasta luego.

Todos. Hasta luego, mi alferez.

Vilfrid. (*Con tono de gefe.*) Soldados, de frente... marchen! (*Vanse.—Aparece sir Jorge, dando el brazo á lady Melrose y Arabela.*)

ESCENA II.

LADY MELROSE. ARABELA. SIR JORGE.

Lady. Ya lo veis, sir Jorge, la reina me lo ha mandado... y voy á presentarle mi hija.

Jorge. Y la reina no podrá menos de darse el parabien: jamás he visto á Arabela tan seductora como hoy con el trage de corte.

Arabela. Con cualquier trage que me ponga decís lo mismo. Verdad es que desde que llegué á Londres, hace un mes, no pasa dia sin que mi madre me regale una joya, un prendido...

Lady. Y á tí te pesa?

Arabela. Me pesa que no penseis en nada mas que en mí.

Lady. Y en quién he de pensar, hija mia? Tengo ya otro objeto á quien dedicar mi cariño?—Pero veo, Arabela, que te olvidas de dar las gracias á sir Jorge por habernos acompañado hasta aquí.

Jorge. Oh! señora... yo soy mas bien quien debe darlas á la feliz casualidad que me ha hecho encontraros cuando bajábais del coche.

Lady. Sí; pero habeis suspendido, por acompañarnos, vuestro paseo á caballo.

Jorge. Qué caballero no hubiera hecho lo mismo por dar el brazo á una dama de la reina?

Lady. Y qué amante no hubiera hecho tambien lo mismo, no es cierto? por seguir á la dama de sus pensamientos?

Jorge. Milady!...

Lady. Por qué disimulais conmigo?—Lady Melrose os merece mil atenciones... pero no es por el crédito que goza en la corte... no es porque sea favorita de la reina.... Vos no sois ambicioso, ya lo sé... ó por mejor decir, vos no teneis mas que una sola ambicion. (*Mira á Arabela y se sonrie.*) No es cierto, Arabela? (*El centinela aparece otra vez y atraviesa la escena en direccion inversa.*)

Jorge. Sí, milady, es cierto. El dia que hallé en vuestro castillo un asilo contra mis perseguidores, el dia que aquel oficial puritano, aquel joven generoso (que no he podido hallar despues por mas que lo he buscado) me salvó tan noblemente la vida, (*aquí desaparece el centinela.*) ese dia pude, en la seguridad de que iba á morir, declarar á Arabela sin ofenderla, y en presencia de su madre, todo el amor que me habia inspirado. Juzgad si ahora, ahora que la conozco mejor, habré cesado de amarla! Juzgad si podré tener otros pensamientos, otros sueños que los que bastaron á servirme de consuelo cuando marchaba al suplicio!

Ladz. Pues bien, yo espero que esos sueños se realizarán. Antes necesito tomar la venia de la reina para este casamiento, y hoy mismo lo haré: ese es el principal objeto que me ha movido á presentarle á Arabela.

Jorge. Pues hasta la noche.

Arabela. Nos veremos en el baile?

Jorge. Si me lo permitís, luego que salgais de palacio os iré á buscar para que vengamos juntos?

Lady. Bien: dentro de una hora.

Arabela. No falteis, Sir Jorge!

Jorge. Ah! milady!... vuestras palabras me han colmado de felicidad! (*Las acompaña hasta la verja, y se va por el lado opuesto.—Un momento antes se ha presentado por el fondo Carrford, pobremente ataviado y con el aspecto de la mas completa miseria, ha mirado á los tres interlocutores, ha sacado un libro de memorias y ha escrito en él con un lapiz.*)

ESCENA III.

CARRFORD.

(*A un lacayo que se ha presentado á abrir la verja para que entren Lady Melrose y Arabela.*) Hacedme el gusto de escuchar. (*Le habla en secreto y le da el papel que ha escrito y una moneda.*) Entendeis?—Marchad, no perdais un instante. (*Vase el lacayo.*) He dado la última guinea que me quedaba. Me producirá lo mismo que las anteriores?—Tal vez.—Y si por haberla dado me quedo tambien hoy sin comer!... Qué diablos! si no me salgo con la mia, al cabo me he de morir de hambre... y eso lo mismo es que sea hoy que mañana.—(*Paseándose agitado.*) Si entregará ese lacayo el papel á quien le he dicho!...—Contestará... sí, seguro!—Muerto estoy de impaciencia. (*Dirígese hácia la verja y hállase de manos á boca con el centinela que sale: es Norval.*) Qué veo!... Norval!... Es posible?...

ESCENA IV.

NORVAL. CARRFORD.

Norval. Carrford!

Carrford. El mismo: un tanto cuanto derrotado... ya lo ves.—Amigo el triunfo de Carlos II me ha hecho perder... como á tí, mi grado de coronel, mi posicion... y el juego ha hecho lo demas: no tengo ni un schelling... estoy en el último capítulo de mi desastrosa historia.—Pero tú!... lo veo y no lo creo!... mi antiguo alferez, soldado del rey!

Norval. He tenido que hacerlo para evitar la ruina de mi padre.

Carrford. Con que tan mal te va?

Norval. Y á vos tampoco os va muy bien, segun las señas. Pues, Sir Carrford, disponed de mí, si os puedo servir de algo.

Carrford. Calla!... me das la mano de amigo?... Sin embargo de que hace seis meses te quise...

Norval. Mandar fusilar? — Y qué? haciais vuestro deber: la disciplina lo exigia.

Carrford. Conque no me guardas rencor?

Norval. Os lo repito: disponed de mí.

Carrford. Pero cómo es que te han olvidado Lady Melrose y Sir Jorge, á quienes tú en aquella ocasion crítica hiciste un favor tan señalado?

Norval. Olvidado?... no lo creais: ambos me han buscado con empeño para probarme su gratitud, pero yo he huido siempre de ellos. Solo en los dos meses que llevo de soldado los veo todos los dias sin que ellos lo sospechen siquiera... por aqui entran y salen á cada paso; pero, ya se ve, no reparan en mí, ni pueden figurarse que yo vista este uniforme.

Carrford. Y por qué huyes de ellos?

Norval. Porque entre los favoritos de Carlos II y yo no pueden existir relaciones de ninguna especie: porque como estoy decidido á no aceptar nada de los Estuardos, no necesito que nadie les hable por mí: y en fin, porque, si no quise consentir que la república me pagase por dar la muerte á Sir Jorge, tampoco quiero consentir que Sir Jorge me pague por haberle salvado la vida.

Carrford. Déjame, Norval, que te admire... y que me avergüence de no poder resolverme á ser un puritano tan rígido, tan estoico como tú.—Voy á confesarte mi debilidad: ahora mismo, asi tan miserable como me ves, no desconfio de rehacer mi fortuna por medio del favor de una gran señora.

Norval. Qué decís?

Carrford. La estoy esperando: aqui debe venir.

Norval. Aqui?

Carrford. Asi lo espero á lo menos: la he escrito dos renglones, y me parece imposible que se niegue.

Norval. Cómo!... con dos renglones...

Carrford. Muy sencillos: pidiéndole un momento de audiencia, y diciéndole que la espero aqui: ni mas ni menos.—Pero no es el contesto de la carta lo que le hará fuerza, sino otra cosa.

Norval. Cuál?

Carrford. Mi firma.

Norval. Cómo!... la firma del coronel Carrford?... y ese nombre proscrito creeis que hará?...

Carrford. No será el coronel Carrford... será el doctor Carrford.

Norval. El doctor!...

Carrford. Silencio!—Ahi viene el sargento Macdowel sin duda á relevarte... no quiero que me conozca. — Adios. Norval... luego te contaré esta historia... porque quiero que nos unamos y... adios.

Norval. Hasta luego. (*El sargento sale con soldados y releva á Norval, que se va con ellos.*)

ESCENA V.

CARRFORD.

Si habré andado imprudente en decirle que ella ha de venir aqui ?...—Y cómo tarda!... Nadie parece... nadie!— Pero, vamos claros: estoy yo seguro de esa influencia que creo egercer sobre ella? — Seis meses hace que la vi en aquel castillo y la reconocí: en estos seis meses la he seguido... pero siempre á la distancia que puede seguir un pobre diablo, que casi es un mendigo, á una principal señora: y no me habré engañado? no será alguna que se le parezca, y yo...—Qué disparate!... no señor, ella es: cómo se me habia de despintar hasta ese estremo!... (*Aparece lady Melrose por dentro de la verja.*) Qué tal?... digo si era ella!... aqui viene ya. (*Abrese la verja. Lady Melrose se acerca á Carrford pálida y temblando.*) Qué pálida!—Cómo tiembla!... Oh! ella es, ella es!

ESCENA VI.

CARRFORD. LADY MELROSE.

Carrford. Mucha bondad es de vuestra parte, milady, haberos dignado oir las súplicas de un desgraciado: ya veo que no miente la fama cuando pregona que sois la providencia de los afligidos.

Lady. Demasiado ponderais el mérito de una accion harto natural.

Carrford. Oh! pues á mí me parece muy estraordinaria!—

Estar en la cámara real mano á mano con la reina... y porque un cualquiera... un miserable os manda llamar, dejar los salones de palacio y venir á verlo entre los árboles del parque!

Lady. Eso es efectivamente lo que acabo de hacer por vos.

Carrford. Apenas me atrevia á esperarlo!... y por eso en el papel que os envié, quise añadir á mi firma el título de doctor, que usaba en otros tiempos.

Lady. Doctor!

Carrford. Sí, milady... con él creí que podria decidiros á prestar un servicio... recordándoos otro que os prestaron hace veinte años.

Lady. Veinte años!

Carrford. Quizá no os acordeis!—Pero si quereis ayudar á vuestra memoria... puesto que mi nombre no basta, tomaos la molestia de mirarme á la cara.

Lady. Oh!... estais tan pálido!...

Carrford. (*Acercándose.*) Mas lo estais vos, milady... y sin embargo, yo os reconozco bien.

Lady. Estraña fatalidad es la que nos reune hoy aqui!

Carrford. Y mas estraño lance fue el que nos reunió en otro tiempo... en otra parte!

Lady. El doctor Carrford!...

Carrford. Ya lo sabia yo!—Ese título me habia de dar con vos mas valimiento que el de coronel: no es asi?

Lady. Y por qué?

Carrford. Porque el coronel Carrford se presentó seis meses há como enemigo en vuestro castillo de Exter.

Lady. Bien me acuerdo!

Carrford. Sí!... bien os acordais... y mejor todavia os habeis vengado.

Lady. Yo!

Carrford. El coronel Carrford se ha visto despojado de su grado!...

Lady. Y me atribuís á mí esa desgracia?

Carrford. El coronel Carrford ha ofrecido en vano sus servicios al nuevo gobierno!...

Lady. Y quereis hacerme responsable?...

Carrford. Os he pedido esta audiencia, milady, para suplicaros que os compadezcais por fin de vuestra víctima!

Lady. Ah!... os lo repito, os lo juro!... vuestras quejas me

lastiman, me aflijen!... dadme un medio de probaros cuan injustas son.

Carrford. El medio está en vuestra mano.

Lady. En mi mano!... cómo?...

Carrford. Vos teneis crédito en la corte... sois favorita de la reina... un memorial recomendado por vos, es cosa hecha.

Lady. Pues bien... tanto deseo destruir vuestras sospechas, aliviar vuestra desgracia, que... sea cual fuere el crédito que tenga... estoy pronta á emplearle en vuestro favor.

Carrford. Gracias!... gracias, mi generosa lady!...

Lady. Hablad, pues... qué quereis?

Carrford. Os diré.—El empleo de coronel de la guardia del rey está ahora vacante por muerte de lord Salisbury.

Lady. Bien: yo haré valer vuestro derecho.

Carrford. Muchos de los antiguos partidarios de Cromwel... Monk, Trogmorton, Worsley... han sido elevados por Carlos II á la dignidad de pares de Inglaterra. Ahora bien: Carrford no es tan digno como ellos de sentarse en la cámara alta?

Lady. Espero satisfacer vuestro deseo.

Carrford. Pero es necesario que mi situacion cambie repentinamente: es necesario que esta misma noche, en el baile de palacio, el antiguo soldado de Worcester pueda figurar al lado de los cortesanos de White-Hall.

Lady. Creeis acaso que mi influjo llegue hasta haceros abrir las puertas del palacio de nuestros reyes?

Carrford. Yo solo os pido que me sirvais de introductora.

Lady. Pero no veis que mi posicion reclama mucho miramiento?... no veis que la murmuracion no me perdonaria, si yo me declarase abiertamente vuestra protectora?

Carrford. Tanto os asusta la murmuracion, milady?

Lady. Ya veis... las mugeres estamos sujetas á leyes muy severas!... Yo soy madre... y debo mantenerme pura á los ojos de mi hija.—Permitidme, pues, que en vez de presentaros yo misma, dé el encargo á alguno de mis parientes...

Carrford. Milady: es muy mal modo de ganar amigos hacerles favores por tercera persona.

Lady. Pero cuando media el honor de una muger?...

Carrford. El honor de una muger!... En ese caso, permitidme, milady, que os recuerde lo que he hecho yo por el honor de una muger...

Lady. Cómo?...

Carrford. Por el vuestro, milady!... ó mejor diré, por el de Lucia Barcklay, algunos años antes de su casamiento con lord Melrose.

Lady. Ah!... en nombre del cielo... hablad mas bajo!...

Carrford. No fue asi, donde nos vemos hoy, á las puertas de un palacio, donde nos vimos la primera vez, señora!... fue en una miserable cabaña, que no me costaria trabajo encontrar... y que sin duda habreis vos visitado mil veces, puesto que está cercana á vuestro castillo de Exter.

Lady. Qué decis?... cerca de Exter?... cómo!... era allí!...

Carrford. Lo ignorabais, milady?... Será preciso que os refiera todas las circunstancias de nuestra primer entrevista?

Lady. Ah! no, no!... por favor, por compasion!... callad, Carrford... callad!

Carrford. Bien, callaré.—Pero ya os acordais que entonces hice sin la menor detencion lo que se me pidió.—Hareis ahora, milady, lo que yo os pido?

Lady. (*Despues de reflexionar, y con terror.*) Sir Carrford, disponed de mí.

Carrford. (*Aparte.*) Seguro estaba yo!—Pues hasta la noche?

Lady. Hasta la noche.

ESCENA VII.

LADY MELROSE.

Cerca de mi castillo de Exter... y hasta ahora lo habia yo ignorado!... y es el mismo Carrford quien me da una noticia de la cual va á depender la suerte de toda mi vida! —Cerca de Exter!... ah!... yo iré á allá... yo iré al instante á buscar aquella cabaña donde espero ver el término de veinte años de lágrimas y de incertidumbre!—Sí!... yo me desterraré de Londres y de la corte de Carlos II para no volver jamas á ella!—Pero, y mi hija!... Gran Dios! mi hija!... como la decidiré á que me siga?—(*Aparece Arabela detras de la verja.*) Aquí viene!... Ah, no llegue el caso de ruborizarme en su presencia!

ESCENA VIII.

LADY MELROSE. ARABELA.

Arabela. (*Abrazándola.*) Ah! madre mia, que dichosa soy! Mas de una hora me ha estado hablando la reina: el cariño que os tiene la hace interesarse tanto por mí!

Lady. Y si ese cariño, que tantas envidias engendra, no fuese para mí mas que un manantial de sinsabores?... si ese puesto que ocupo... tan brillante en la apariencia... no fuese en realidad mas que una esclavitud?

Arabela. Qué quereis decir?

Lady. No lo comprendes?... no sabes que yo dí la mano á lord Melrose sin pertenecer á una familia tan noble como la suya! Pues bien; despues de la muerte de tu padre, sus parientes me tratan con todo aquel desden que mientras vivia no se atrevieron á manifestar.

Arabela. Qué me decís?

Lady. Todos creen que yo vivo cercada de obsequios y respeto, no es verdad?—Pues no lo creas, Arabela: ni aun la proteccion de la reina es bastante resguardo para mí. Por mas circunspecta, por mas prudente que sea, todo cuanto digo se comenta, todo cuanto hago se interpreta. Ademas la Inglaterra está aun conmovida por las recientes guerras civiles, y si se han depuesto las armas, no se han depuesto los odios. Al acero ha sustituido la lengua: á la guerra de los campamentos, la guerra de los salones: el soldado ha concluido y el libelista comienza: ya no se mata, pero se calumnia: no se hiere en el corazon, se hiere en la frente.

Arabela. Serenaos, madre mia!... Quién puede infundiros semejantes ideas?... es esta la primera vez...

Lady. Tú me amas, hija mia, no es verdad?... y si yo te pido una prueba de amor, no me la negarás?

Arabela. Hablad!

Lady. Pues bien, consiente en huir conmigo... en huir de esta corte que aborrezco!

Arabela. Podeis pensar que yo dudaré, si vos lo deseais?—Ah! siempre á vuestro lado seré feliz!... con vos, madre mia iré al cabo del mundo!

Lady. (*Abrazándola.*) Hija querida!... por qué me quejo

teniéndote á tí!—Pero, y sir Jorge vendrá con su amada?

Arabela. Oh! yo respondo de él: esta noche en el baile yo me encargo de decírselo.

Lady. Y vuestro casamiento, en vez de celebrarse en la corte dentro de algunos meses, se celebrará en mi castillo de Exter, dentro de algunos dias.

Arabela. De algunos dias?... será cierto?...

Lady. Ven, hija mia, ven: unidas las dos, burlaremos la venganza de nuestros enemigos.

Arabela. Sí, madre mia: Dios nos guarda á los tres mucha felicidad! (*Vanse las dos.—Norval y Vilfrid salen por el lado opuesto, continuando una animada conversacion.*)

ESCENA IX.

NORVAL. WILFRID.

Vilfrid. No: te repito que no.

Norval. Pues yo os digo que sí.

Vilfrid. Norval, eso no es verdad.

Norval. Os equivocais mi alferez.

Vilfrid. Dale con el grado!... ese es ahora el motivo de nuestras disputas, como antes era la política.—Vaya, Norval, hijo mio... no trates de disimular conmigo... háblame francamente... eres feliz en tu nuevo estado?

Norval. Y por qué no?

Vilfrid. Porque no lo creo: porque no eres feliz, porque no puedes serlo. Ea, déjame que te logre un ascenso.

Norval. Eso no!... Ascenso dado por Carlos II... no lo quiero!

Vilfrid. Eso es!... empeñado en guardar fidelidad á Cromwel... á un muerto!

Norval. Mejor que apostasía por un vivo.

Vilfrid. Eh!... tú eres loco!

Norval. Puede; pero mi locura es incurable.—Teneis algo que mandarme, mi alferez?

Vilfrid. Dale con mi alferez!... no lo dejará!—Cada vez que me das ese título me humillas, me desesperas. —No eres tú cien veces mas capaz de mandar que no yo?

Norval. Al contrario: yo creo que soy cien veces mas á propósito para obedeceros.

Vilfrid. Porque soy veterano?

Norval. Eso en primer lugar.

Vilfrid. Y en segundo?

Norval. En segundo... porque soy vuestro hijo.—En fin, padre, yo os suplico que no insistais mas!... os digo que soy feliz... muy feliz!... Ademas, soy lo que debo ser... soldado, y nada mas!—Solo Dios sabe lo que yo he padecido cuando tenia que mandaros!... No mas, no mas! —Nada hay en el mundo que pueda hacerme cambiar de suerte, ni admitir un grado que me haga superior á mi padre.

Vilfrid. Superior á tu padre!... Conque es ese el gran motivo que te detiene?

Norval. El único.

Vilfrid. Es eso lo que te impide aceptar la espada de capitan que con tanta justicia te concedieron?

Norval. Eso: ya os lo he dicho.

Vilfrid. Pues bien, Norval, voy á disipar tus escrúpulos. Puedes sin la menor repugnancia ocupar ese puesto á que eres llamado: puedes mandarme como en otro tiempo, y guiarme de nuevo á la victoria contra los enemigos de Inglaterra; porque ya es forzoso que te lo declare, puesto que me obligas á ello... Sábelo, aunque mi corazon padezca al decirlo: Norval, tú no eres hijo del pobre Vilfrid!

Norval. Qué me habeis dicho?... Cielos!... no soy hijo vuestro?

Vilfrid. Veinte años hace que una noche... qué noche aquella tan horrible!... fue el dia 10 de diciembre de 1642... Carlos I llevaba aun el título de rey de Inglaterra... pero ya lo era solo en el nombre: la guerra civil habia empezado. Pues aquella noche... los puritanos estaban saqueando los lugares de la comarca, y yo esperaba de un momento á otro ver arder mi cabaña... cuando de repente oigo ruido... y en vez de ser los puritanos, era un caballero... un anciano el que se presentó delante de mí.

Norval. Un caballero... y solo?

Vilfrid. No: traia en los brazos una muger desmayada: me pidió con instancia que le diese hospitalidad, diciéndome que iba en ello la vida y el honor de aquella muger...

Norval. Y vos...

Vilfrid. Yo le dije que dispusiera de mi cabaña. Quise encender fuego; pero él me rogó que no hubiese luz alguna, porque deseaba que nadie viese las facciones de aquella muger. Al paso que esto decia, la iba colocando en la cama y cubriéndola con un velo, hecho lo cual, la dejó confiada á mi cuidado, en tanto que iba en persona á buscar un médico.

Norval. Acabad!

Vilfrid. A cosa de tres horas volvió con el médico... la muger dió á luz un niño... y aquel niño, Norval, eres tú!

Norval. Yo!... y nada mas sabeis?

Vilfrid. El anciano, que yo entonces me figuré seria el padre de aquella jóren, me encargó en depósito el niño, dejándome un bolsillo lleno de oro, y diciéndome que todos los años vendria un confidente suyo á traerme igual cantidad.

Norval. Pero el confidente no vino nunca, ¿no es verdad?...

Vilfrid. Nunca.

Norval. Y vos, noble y generoso Vilfrid, vos partísteis vuestro pan y dísteis vuestro nombre á un niño que no tenia derecho ni á comer vuestro pan ni á llevar vuestro nombre?

Vilfrid. No tenias derecho!... eso dices?... Pues qué, no fuí yo quien recibió tus primeras caricias?... quien te vió por primera vez alargarme los brazos desde la cuna, y responder á mis fiestas, y sonreir á mis miradas?—Ah! no lo atribuyas á mi bondad, atribúyelo á mi cariño... porque, te confieso mi egoismo... llegué á desear que fueses realmente mi hijo.

Norval. Ah! por qué no lo soy!

Vilfrid. Qué estás diciendo... yo, yo tambien, necio de mí! —No: tu suerte es lo primero, Norval. Algun dia se descubrirá cuál es tu cuna.

Norval. Mi cuna!

Vilfrid. Hasta ahora has sido hijo de un pobre aldeano... pero yo no sé qué presentimiento me anuncia que has de llegar á elevada clase.

Norval. A elevada clase!... Sí, sí!... mirad al sargento Macdowel, que no tardará en venir á buscarme para que haga centinela... porque se acerca la hora del baile, y segun vuestra orden se van á doblar los puestos.

Vilfrid. Yo te eximo de hacer centinelas esta noche... porque tenemos mucho que hablar.

Norval. Estais en vos?... Van á murmurar mis compañeros...

Vilfrid. Tus compañeros te quieren y te respetan demasiado para no tener á honra el hacer centinela por tí.—Ea, Norval, hasta luego.

Norval. (*Estrechándole las manos.*) Creedme: sea cual fuere la suerte que me está reservada, vos sereis siempre lo que yo mas ame en el mundo, y como tal, mi verdadero padre!

ESCENA X.

NORVAL.

Sí, mi padre!—Aun despues de haberme descubierto el secreto, sentia yo el mismo placer al darle ese nombre, y al estrecharlo en mis brazos... Pero ahora que estoy solo, conozco que la tristeza se apodera de mi alma...—A quién debo el ser, puesto que no soy hijo de Vilfrid?... Quizá el nombre de mi padre está grabado hace tiempo en el mármol de algun sepulcro!...—Y mi madre!... Ah! si un instante no mas en mi vida pudiera yo abrazar á mi madre!... (*Empieza á anochecer.—Carrford aparece en traje de gala y sumamente gozoso.*)

ESCENA XI.

CARRFORD. NORVAL.

Carrford. Llego de los primeros... bravo!

Norval. Carrford!... qué mutacion es esa?

Carrford. Eh?... qué tal?... Mírame bien: qué te parezco?

Norval. Estais otro!

Carrford. Yo lo creo!—Traigo el estómago reforzado...

Norval. Y de dónde ha venido el milagro?...

Carrford. Nada mas sencillo: no te dije que cierta persona de la corte me ayudaria á hacer otra vez fortuna?

Norval. Y qué?

Carrford. Está hecho el trato: me ayuda: me concede su proteccion. Por ella, voy á ser admitido esta noche en el baile de palacio: la esquela de convite que he recibido me ha abierto el bolsillo de un usurero... Ya ves, como tengo tantas deudas, es natural que tenga algo de crédito.

Norval. Os doy la enhorabuena!

Carrford. Te ofrecí confiártelo todo, porque cuento contigo, Norval... es preciso que marchemos unidos. — Estoy en posicion de adquirir para los dos empleos y honores... porque tengo en mis manos á una de las principales damas de la corte de Carlos II. Eh?... qué tal?... qué placer para un antiguo puritano!... y qué afortunada noche aquella en que la ví por primera vez, el dia 10 de diciembre de 1642!

Norval. Qué oigo!... el 10 de diciembre de 1642?

Carrford. Sí: te he ofrecido contártelo, y... á nadie mejor que á un enemigo tan encarnizado como tú de los caballeros, que gozará conmigo sabiendo las debilidades y aventuras de esa noble señora!

Norval. (*Fingiendo reir con él.*) Sí, sí... contadme... voy á gozar... y á reir mucho... vaya, contad, contad!

Carrford. Acababa yo de recibirme de médico...

Norval. (*Aparte.*) De médico!

Carrford. Cuando una noche llama á mi puerta un hombre de unos sesenta años... y me dice que si quiero ganar una enorme suma de oro, le siga á tres leguas de allí... donde habia una muger que iba á ser madre.

Norval. Seguid, seguid.

Carrford. Voy con él, y me lleva á las cercanías de Exter: entramos en una cabaña, donde tuvo cuidado de que no hubiese ninguna luz... pero los puritanos habian incendiado una aldea inmediata, y el reflejo de las llamas me sirvió de luz.

Norval. (*Aparte.*) Dios mio! dadme fuerzas para poderme contener!—Y ahora habeis reconocido las facciones de aquella muger?

Carrford. Sin que me quede duda: ella misma no me lo ha podido negar hace un instante.

Norval. Hace un instante?... Conque la habeis visto?

Carrford. Aquí, aquí mismo vino pálida y temblando... reconoció al doctor Carrford, y bajando ante él la cabeza,

y casi poniéndose de rodillas, le ofreció su proteccion y todo su poder.

Norval. (*Aparte.*) Ah! mi madre de rodillas!...

Carrford. Con que ya ves, querido Norval, que tengo en mis manos la llave de tu fortuna y de la mia; porque siendo dueño del secreto de esa dama, soy árbitro omnipotente de su suerte y de su honra...

Norval. (*Aparte.*) De la honra de mi madre! (*La noche ha cerrado.—Nótase el resplandor de la iluminacion de palacio. — Comienzan á llegar damas y caballeros que entran por la verja.*)

Carrford. Ya llegan los convidados: voy al baile.—Adios: hasta mañana.

Norval. Pero Carrford... aguardad un momento... aun no me habeis dicho...

Carrford. El qué?

Norval. El nombre de esa dama.

Carrford. Hola!... mucho exigir es ese, amigo Norval!— Aprovéchate del favor de mi protectora... por conducto mio; pero su nombre... hasta que esté yo seguro de que te unes á mí de buena fé, no te lo digo.

Norval. Pero qué pruebas...

Carrford. Nada, no te lo digo.—Ea, hasta mañana... hasta mañana. (*Vase por la verja.*)

ESCENA XII.

NORVAL. — *Luego* ARABELA. LADY MELROSE *y* SIR JORGE.

Norval. Ah! voy á seguirlo... voy á seguirlo... hasta averiguar quién es la dama que le proteje... quién es mi madre... y libertarla del yugo que la ha puesto ese infame... Sí... voy corriendo... yo quiero verla... (*Dirígese á la verja.*)

El centinela. (*Cerrándole el paso.*) Atrás, compañero: no podeis pasar.

Norval. (*Volviendo desesperado á echarse en el banco.*) Ah! es verdad!... Soy soldado... y no puedo entrar en palacio!... no tengo títulos... no soy caballero! (*Lady Melrose y Arabela dando el brazo á sir Jorge, aparecen, precedidas de dos lacayos con hachas.*)

Jorge. Sí, milady, disponed de mí.

Arabela. Lo oís, madre?

Lady. Bien, hijos mios, bien. (*Entranse por la verja.* — *Norval, que no ha hecho alto en ellos, se levanta con exaltacion.*)

Norval. Ah! Dios me dá valor!... ya tengo un fin á que consagrar mi vida: buscar á mi madre... y defenderla.

Acto tercero.

El teatro representa una cabaña.— En el fondo hay un retrato cubierto con un velo negro.

ESCENA PRIMERA.

NORVAL.

(*Oyense cornetas de caza, que poco á poco se van alejando.*)

La cacería se aleja... y ya no me queda que esperar mucho tiempo... Pronto vendrá.—Aqui es donde me ha dado la cita... junto á la cabaña de tu padre, me dijo... Y por qué camino vendrá?... (*Mirando á la puerta del foro.*) por aquel, que es el que conduce directamente á Exter... (*Mirando á la de la derecha.*) ó por este que es un sendero poco conocido?... Sintiera que alguien me hubiera visto venir... sobre todo Vilfrid.—Nadie parece!—(*Yendo al foro.*) Sí... creo que oigo pasos... él es... él es sin duda...

ESCENA II.

NORVAL. WILFRID.

Vilfrid. (*Saliendo por el foro.*) No, señor: no es él.
Norval. Mi padre!
Vilfrid. Yo no soy vuestro padre: bien lo sabeis.
Norval. No lo sois!

Vilfrid. No.—Quince dias há que he perdido... no solo un hijo, sino tambien un amigo!

Norval. Un amigo!... Será vuestro corazon el que ha cambiado; porque el mio siempre es el mismo.

Vilfrid. No, señor, no: vos no sois ya el mismo. Aquel que en otro tiempo amabais con la ternura de un hijo, ya no es nada para vos.

Norval. Ah!... podeis creerlo?

Vilfrid. Gracias si vuestro padre... Perdonad, la costumbre me hace decir ese nombre; pero yo procuraré que se me escape las menos veces que pueda... Gracias si el pobre Vilfrid os ve algun minuto al dia... y de lejos, sin que vos repareis en él. (*Norval quiere tomarle la mano; él la retira y continúa.*) Y es natural!... habeis encontrado á vuestro antiguo amigote... el famoso coronel... que ya le tenemos hoy de coronel de la guardia del rey... porque es cosa singular!... no parece sino que la república y la monarquia se han dado de ojo para hacernos tragar al doctor Carrford... el hombre mas bribon que hay en Inglaterra.

Norval. (*Mirando al foro con inquietud.*) Padre!... hablad mas bajo!

Vilfrid. Ya entiendo!... teneis miedo de que nos oiga... va á venir aqui... Ya noté en la caceria que os estuvo hablando al oido, y asi que el rey se adelantó, os marchasteis hácia aqui con disimulo, creyendo que yo soy como vos, que os he olvidado... que no os hago caso. Os engañais, señor mio!... tengo la debilidad de quereros todavia un poco... yo me enmendaré... pero hasta ahora no puedo menos de miraros, de observaros continuamente. No os separais ni un momento del dichoso coronel!... Antes de haberle visto, cuando queria yo eximiros del servicio, me armabais unos argumentos!... ahora con él es todo lo contrario; no haceis nada desde la mañana á la noche... y eso ya no os parece sino muy en el orden... no sois soldado mas que de nombre... Siempre con él!... siempre con él... hasta en los garitos!... vos, Norval!... vos!... tú!... iba á decir hijo mio!... convertido en su compañero de crápula y de vicios!... Y eso ha llegado á tal punto que ya se murmura... y se acabará por despreciaros y aborreceros como á él.

Norval. Es posible?... Cielos!...

Vilfrid. Eso os admira?... Pues entonces esplicadme el misterio de vuestra conducta, porque yo me vuelvo loco y no puedo entenderla. — Nadie se atreve á decir delante de mí lo que piensa de vos; pero yo adivino lo que se dicen al oido viéndoos eternamente al lado de Carrford. De él dicen que los quince dias que lleva de favor los ha empleado en hacer daño, en perseguir á nombre de Carlos II á los mismos que perseguia antes á nombre del Parlamento, y de vos dicen, y por desgracia con visos de verdad, que sois su cómplice, su agente... y en fin, su espía.

Norval. (*Colérico, sin poderse contener.*) Vilfrid!

Vilfrid. (*Colérico tambien.*) Sí, señor, su espía? — Eso es lo que yo leo en las miradas de vuestros compañeros.

Norval. Por Dios, padre mio!... por Dios!... esperad, esperad para juzgarme. Vos no gustais de ese hombre, no es verdad?... pues yo le aborrezco! — Vos os avergonzais de tenerle qué obedecer? — Pues juzgad si debo yo avergonzarme de tener que darle la mano!... pero necesito hacerlo asi, me entendeis?... lo necesito! — Ah! miradme, señor!... ved estas lágrimas, estas lágrimas de fuego que no puedo contener cuando pienso en el esfuerzo que estoy haciendo... y decidme, decidme si aun creeis que Norval, que vuestro hijo pueda ser amigo, ni cómplice, ni espía de Carrford?

Vilfrid. No, no... nunca lo he creido yo, mi amado Norval!... pero qué quieres?... todos ellos lo creen, y yo... sí, te lo confieso, yo necesitaba oir de tu boca una palabra, una sola palabra, para tranquilizarme, para convencerme de que eras siempre el mismo. — Perdóname: ya con lo que me has dicho, no temo al coronel; venga cuando quiera: ya estoy seguro de tí... ya soy dichoso! (*Yéndose.*)

Norval. (*Deteniéndolo.*) Asi pues, ya no volvereis á llamarme señor?

Vilfrid. No.

Norval. Ni caballero?

Vilfrid. Ah!... no: me costaba demasiado esfuerzo!... Adios, amigo mio!

Norval. No... otro nombre mejor!...

Vilfrid. Hijo mio!

Norval. (*Abrazándole.*) Ese si! — Hasta luego, padre mio!

ESCENA III.

NORVAL.

Ah! estas lágrimas por largo tiempo comprimidas... y que tanto me alivian... estas lágrimas... necesito ocultárselas... enjuguémoslas antes que venga.—Por qué tardará tanto, Dios mio?... me cumplirá la palabra que me ha dado?... Decirme el nombre de su protectora, si consiento en servirle... Si consiento en servirle!... y qué querrá de mí?—En los quince dias mortales que han transcurrido desde que nos vimos en el parque de San James, no me ha sido posible arrancarle ese nombre que tanto me importa saber. Le he seguido por todas partes como su sombra, y nunca he podido descubrir á esa dama que le ha introducido en la corte de Carlos II.—Me he humillado hasta ser su adulador, su criado... le he aplaudido sus infames planes... he procurado, cuando mi corazon latia de impaciencia y de cólera y se me queria salir del pecho, fingir que me gozaba con él, y celebrar con burla y risa el horrible dominio que ejerce sobre una muger... sobre mi madre!... y nada, nada he podido averiguar!... no se le ha escapado una espresion, un gesto, una mirada que me haya hecho adivinar quién es esa muger!... Dios mio!... Dios mio!... ayúdame, y no permitas que el valor me abandone!—Si de nuevo se niega ahora á responderme, si yo me ciego, y sin poderme contener le pido cuenta de tanta vileza y tanta infamia... lo mataré sin duda... pero qué habré logrado?... nada!... él se llevará su secreto al sepulcro... y yo habré perdido para siempre la esperanza de encontrar á mi madre, de abrazarla!... O si, por el contrario, me mata á mí, queda dueño absoluto y árbitro de la suerte de mi madre... Ah!... qué horror!... No, Dios mio, no!... tenme de tu mano y dame paciencia!—(*Mirando á la derecha.*) Ah!... por fin... oigo pasos... ahora no me equivoco... él es.... por ahi viene... voy á salir á su encuentro.—Ah! quiera el cielo que le haga romper el silencio! (*Vase por la derecha.—Pocos momentos antes se ha visto á lady Melrose, precedida de Enrico asomar por el foro, dirigiéndose á la puerta de la cabaña.*)

ESCENA IV.

LADY MELROSE. ENRICO.

(*Lady Melrose examina, conmovida, la cabaña.*

Lady. Aquí es!

Enrico. Y qué motivo ha podido inspirar á vuesenoria un deseo tan vivo de visitar esta cabaña?

Lady. (*Se sienta disimulando.*) Ninguno, Enrico... ninguno. — Me distraje hablándote del casamiento de mi hija, y de los preparativos que hay que hacer para la fiesta de boda... y cuando acordé ví que nos habiamos alejado mucho... me sentí bastante cansada... y quise descansar un rato... no hay mas.

Enrico. Si os parece, milady, iré al castillo á decir que os traigan el coche?

Lady. Te lo iba á decir, Enrico.—Dí tambien á mi hija y á sir Jorge que en esta cabaña los espero.

ESCENA V.

LADY MELROSE.

(*Se levanta y recorre agitada la habitacion.*)

Aquí es... sí, aquí es!—Ah! que temblor se ha apoderado de mí desde que he pasado el umbral de esa puerta!—Aquí lograré acaso saber qué ha sido de mi hijo... de mi pobre hijo, privado desde la cuna de las caricias y el amor de su madre! Oh! memorias... memorias tristes! que se agolpan y se confunden en mi imaginacion.—Todo esto que me rodea lo conozco yo!... todo!... hasta aquel cuadro... que no estaba entonces, como ahora, cubierto con un velo funeral!—Pero me engañaron entonces mis ojos, ó era realmente... (*Descubre el cuadro* y *esclama.*) Ah! él es!... sí!... el que yo recojí en mi casa en los primeros dias de proscricion... luego desapareció... me abandonó para siempre... y solo volví á verlo una vez... una sola vez... y en qué dia, gran Dios!... un dia en que Londres era todo regocijo, todo fiesta para el pueblo, segun decian... por

que una cabeza iba á rodar en el cadalso... y aquella cabeza era la suya.—En sus últimos momentos aun le insultaban sus enemigos... y yo, que era su víctima... yo lloraba y pedía á Dios por él! (*Siéntase llorando y cubriendo el rostro con las manos.*)

Carrford. (*Dentro.*) Vamos, Norval... ven por aquí.

Lady. (*Levantándose aterrada.*) Cielos!... la voz de Carrford!... viene por allí!... Ah!... soy perdida!... No me basta huir de la corte... huir del mundo, para librarme de su presencia!... á todas partes me ha de seguir!—Ah!... esta puerta... (*Abre la de la izquierda y se oculta.*)

ESCENA VI.

CARRFORD. NORVAL.

Carrford. (*Sale muy festivo por la derecha.*) Gracias á Dios, Norval, que vas entrando por vereda!... Vas ya conociendo que las convicciones políticas son una insigne farsa, y que seriamos muy mentecatos en no valernos de nuestros antiguos adversarios para hacer fortuna?

Norval. Sí... me voy convenciendo... y trato de valerme de ellos... como haceis vos...

Carrford. Bravísimo! Asi es como los hombres hábiles saben, cuando el gobierno cambia, restablecer el equilibrio de su situacion, y subir poco á poco, en hombros de sus mismos enemigos, los escalones que les hicieron rodar. Y á esos poderosos que nos han de protejer... cuenta! que no conviene adularlos, sino infundirles miedo: ese es el secreto.—Oh! pobre de aquel que no tiene en su mano medios con que amedrentar al poderoso de quien solicita proteccion!—Por mas benemérito que sea, por mas capacidad que tenga para el empleo que pide, le tratarán con desprecio, le darán un puntapié!—Pero si le temen... oh!... le recibirán con la sonrisa en los labios, le abrirán las puertas de par en par!... Ese es el mundo, Norval... y por eso estoy seguro de que la dama que nos proteje hará cuanto queramos... partirá con nosotros su favor y hasta su hacienda.

Norval. Siempre decís, la dama que nos proteje... pero yo todavia no la conozco.

Carrford. Ya te he recomendado eficazmente á ella.

Norval. Ah!... la habeis hablado de mí?

Carrford. Hablado no... porque no la veo... se ha alejado de la corte... pero sé que desde su retiro conserva la misma influencia. Ayer le envié otra nueva solicitud... sobre cosa que me importa mas que todo lo que he obtenido... y lo conseguiré.—Pero no te he olvidado, Norval: soy coronel de la guardia y quiero que mandes una compañía.

Norval. Yo capitan!

Carrford. Hace mucho tiempo que lo tienes ganado y no creo que ahora lo rehuses. Espero por momentos tu despacho.

Norval. Pero bien, á la altura de confianza en que ya nos hallamos los dos... por qué tardais en decirme?..

Carrford. En lo que puedes tú serme útil?—Te lo diré: yo tengo en mi mano el derribar con una palabra la alta reputacion de virtud que ella disfruta... y por eso me teme y me proteje. Pero juzga, cuanto mayor sería mi poder si yo lograse tener una prueba que presentar en caso necesario, que corroborase mi dicho.

Norval. Ah!... no teneis pruebas?

Carrford. Yo sé que el seductor la escribió una carta que no llegó á su poder... y aun creo que el emisario fue muerto por los soldados puritanos... de modo que desconfio de hacerme con ella... á menos que tu padre como dueño de esta cabaña, pueda darnos alguna noticia...

Norval. Ah!... mi padre!...

Carrford. Quizá sea él el depositario de la carta... ó nos diga que se hizo la criatura que nació aquí en la noche del 10 de diciembre de 1642. Yo me guardaré bien de preguntárselo, porque á mí... creo que no me responderia.

Norval. Teneis razon... no os responderia.

Carrford. Pero tú, Norval... veamos... no podrias?...

Norval. Ese medio ya lo he tentado, coronel... Oh! yo tengo tanto interes como vos en penetrar ese misterio hasta el fondo.—Hoy mismo le hice esas preguntas á mi padre; pero, nada: no tiene en su poder papel alguno, que pueda servir de prueba.

Carrford. No, eh?—Y el niño?

Norval. Ah!... el hijo de aquella muger...

Carrford. Sí... sabe Vilfrid algo de él?

Norval. No sabe mas... sino que... el niño... á pocas horas de nacer...

Carrford. Qué?...

Norval. Murió.

Carrford. Murió! (*En este momento se oye un gemido en la habitacion de la izquierda.*)

Norval. Qué es eso? (*Abre la puerta.*) Una muger desmayada!... Lady Melrose!...

Carrford. Chit!... Silencio!... Esa es... esa es mi protectora.

Norval. Qué decís?... Esa? Lady Melrose!...

Carrford. Ya sabes el secreto.—Nos estaba escuchando y ha oido de tu boca la muerte de su hijo... Pero ya abre los ojos... nos ha visto y viene hácia aquí... vete!

Norval. No, coronel...

Carrford. Vete pronto...

Norval. (*Aparte.*) Ah!... es mi madre!... aquí me quedo.

ESCENA VII.

DICHOS.—LADY MELROSE.

(*Lady Melrose sale pálida, mira con terror á los dos, y se dirije á Carrford.*)

Lady. Vos aquí tambien!... vos en todas partes!...

Carrford. En todas.—Es destino nuestro, milady, encontrarnos en esta cabaña.

Lady. (*A Norval.*) Y vos, á quien yo juzgaba otro tiempo tan honrado, es posible...

Carrford. Que esté unido á mi!—Ya veis que os lo he recomendado con algun fundamento.

Norval. (*Aparte.*) Ah!... esto es demasiado!... He de permitir que la humille así! Ya que la conozco, no tengo por que disimular con este infame.—(*Dirijiéndose con ímpetu á Carrford.*) Coronel Carrford!...

Carrford. Qué quieres?

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL SARGERTO MACDOWEL.

Sargento. Mi coronel, una orden del rey.

Carrford. Dame. (*Despues de leer algunos renglones, dice*

con gozo á Norval.) Dame la enhorabuena!... esa prueba que buscaba, estoy en vísperas de hallarla.

Norval. (*Aparte.*) Cielos!... que dice?... la prueba...

Carrford. (*Al sargento.*) Ya te sigo.

ESCENA IX.

DICHOS.—*Menos* EL SARGENTO.

Lady. (*Aparte mientras Carrford sigue leyendo.*) Como brilla la alegria en sus ojos!... sin duda alguna nueva perfidia!...

Norval. (*Aparte.*) Qué será!...—No, todavia no es tiempo de descubrirme con él. (*Mirando á Carrford.*) Cuando haya deshecho todos los lazos que la tiendes... entonces... yo te daré el castigo!—(*Mirando á lady Melrose.*) Y cuando haya puesto en salvo tu honor, entonces te llamaré mi madre!

Carrford. (*A Norval.*) Aun estás aquí?... Qué tardas en obedecerme?... Pero ya!... querrás dar las gracias á milady por la merced que te hace en solicitar para tí la espada de capitan que te he ofrecido...

Norval. Es verdad!... puedo esperar, milady...

Lady. Nunca olvidaré la generosidad que usasteis en mi castillo de Exter, y si mi amistad puede seros útil, contad con ella.

Norval. Esa amistad que me ofreceis... yo procuraré merecerla... Os lo juro, milady!... yo la mereceré!

ESCENA X.

LADY MELROSE. CARRFORD.

Carrford. Perdonadme, milady, si en vez de manifestaros mi profunda gratitud, os molesto solicitando nuevos beneficios; pero tengo que ejecutar inmediatamente esta orden del rey, y aprovecho los momentos para pediros una respuesta á mi carta de ayer.

Lady. Vuestra carta! sir Carrford! vuestra carta!...

Carrford. Qué!... no la habeis recibido?

Lady. Y me he figurado que el coronel Carrford deliraba cuando la escribió.

Carrford. Cómo?... pues qué hay de estraño en mi pretension? Cuando me veo restablecido por vos en el puesto que me hicieron perder los acontecimientos políticos, elevado á una altura que ya empieza á suscitarme envidiosos, ¿es mucho que presuma merecer de vos una prenda mas positiva aun de vuestra amistad?

Lady. A vos, Carrford!... á vos la mano de mi hija!...

Carrford. Sí, la mano de Arabela... ese es ya mi único sueño... mi sola ambicion!—Reflexionad ademas lo que os voy á decir. Una vez que yo sea yerno de lady Melrose, su honor será sagrado para mí, y lejos de pensar en menoscabarlo, verteré mi sangre, si es preciso, por defenderlo.

Lady. Yo protejida por vos!... mi honor defendido por Carrford!...—Pero vos no sabeis lo que es una madre!... vos creeis que se deja así arrancar un hijo!... y esperais que yo consienta en esa union sacrílega?... No, no!... la esperais en vano!—Id á acusarme á la faz de la tierra... yo me acusaré tambien delante de mi hija... y si el mundo entero me condena... qué importa!... mio será el castigo, como fue la culpa... Yo seré vilipendiada... pero mi hija no será infeliz.

Carrford. (*Con ira reconcentrada, y mirando el pliego del rey.*) Adios, pues, milady: voy ante todas cosas á ejecutar con celo esta orden del rey; y cuando despues de ejecutada, reitere mi súplica... espero que hallará mas favorable acogida. (*Vase por el foro.—Inmediatamente aparece Norval á la puerta de la derecha.*)

ESCENA XI.

LADY MELROSE. NORVAL.

Lady. Una orden del rey!... Qué será?...—Pero sea lo que fuere, yo tendré constancia para defender á mi hija de las perfidias de ese hombre.

Norval. Y sea lo que fuere, milady, no faltará quien vele sin cesar por vos y por ella.

Lady. Quién?... vos, que unido con Carrford...

Norval. Yo, que seis meses ha le disputé la vida de sir Jorge Hamilton: yo, que desde entonces le odio y le desprecio, y he sentido aumentarse este odio y este desprecio, á cada pena que os ha causado.

Lady. Sí, sí!... creo lo que me decís!... aquel rasgo no es propio sino de un alma noble!... Ah!... no es posible que me engañeis;—y aquí en vuestra presencia... como si estuviera sola delante de Dios... de Dios que ha visto mi arrepentimiento y acaso ha perdonado una culpa expiada con tantas lágrimas... aquí voy á descubriros lo que pasa en mi corazon.—A vista de los nuevos peligros que me será forzoso combatir, una sola idea, mas poderosa que todas, me domina, me ata en este sitio con fuerza irresistible.—Aquí fue... aquí fue donde murió mi hijo!... y murió sin duda porque le arrancaron de mis brazos!...—Mirad si tengo confianza en vos, cuando no trato de contener mis lágrimas!

Norval. Entiendo vuestro dolor y participo de él, señora!... tambien yo lloraria... si supiese la muerte de mi madre!

Lady. Ah!... teneis madre?

Norval. Sí, milady, si!... tengo madre! Dios me la ha conservado, y esto me da valor y energia para soportar la mala suerte... y esperar otra mas feliz... sí, tengo madre!

Arabela. (*Dentro.*) Madre! madre!...

Lady. Es Arabela! (*Aparece Arabela por el foro y su madre sale á su encuentro.—Norval permanece inmovil contemplándolas.*)

ESCENA XII.

DICHOS.—ARABELA.

Arabela. Ah! madre mia, sois vos!... Enrico me dijo que aquí os hallaria... y ya estaba temiendo no os hubieseis marchado... vengo corriendo á veros... si supierais... (*Viendo á Norval que la mira.*) Ah!... no estais sola...

Lady. Puedes hablar delante del señor... Míralo: no te acuerdas ya?...

Arabela. Sí... creo que sí... pero...

Norval. (*Aparte.*) Tambien ella desconfia!... y no poder abrazarlas!...

Lady. (*Que la hablado en secreto.*) Te digo que puedes hablar sin recelo.

Arabela. Pues bien, sabed, que apenas se marchó sir Jorge del castillo, á buscar al notario, segun habiais dispuesto, llegaron unos soldados conducidos por el coronel Carrford.....

Norval. Lady. Soldados con Carrford!

Arabela. Y al momento guardaron todas las puertas... como hace seis meses, ya os acordais. Yo le pregunté al coronel cuál era el motivo de aquella tropelía, y me respondió, asi... con palabras evasivas... y tratando de tranquilizarme con no sé qué galanterias y elogios... y haciendo mil protestas del aprecio que nos profesaba... con una sonrisa que me hacia temblar. Hoy he conocido con cuánto fundamento os causaba su nombre terror! — Mientras me hablaba, entraron de orden suya en la habitacion que ocupa sir Jorge en el castillo desde que vos fijásteis el dia de nuestro casamiento: á poco fue tambien á ella el coronel, y se encerró allí con los soldados... Entonces yo, toda asustada, y sin poder adivinar qué peligro nos amenaza, he venido á refugiarme en los brazos de mi madre.

Norval. Lady. Arabela. Sir Jorge!... (*Sir Jorge aparece por la puerta del foro.*)

ESCENA XIII.

DICHOS.—SIR JORGE.

Jorge. (*Mirando á Norval.*) A vos, Norval, á vos os venia buscando.

Norval. A mí!

Jorge. Necesito hablaros ahora mismo... á vos solo.

Arabela. Pero quizá no sabeis....

Jorge. Sé todo lo que pasa: todo lo que mis enemigos traman para perderme: todas las infamias que el rey Carlos II deja hacer en su nombre á los nuevos cortesanos que han usurpado su favor... y por eso quiero hablaros, Norval. — Milady, cerca de esta cabaña os espera el coche... yo no tardaré en reunirme á vos.

Arabela. Pero y si os prenden?... si no nos vemos hoy?

Jorge. Por Dios os ruego que me dejeis solo con Norval... tengo que confiarme á él como á un amigo... como á un hermano!

Norval. (*Estrechándole la mano y fijando los ojos en Arabela.*) Sí!... como á un hermano!

ESCENA XIV.

SIR JORGE. NORVAL.

Jorge. Sabia que aqui debia encontrar al hombre que me salvó la vida: el alferez Vilfrid me lo ha dicho, al contarme lo que pasa en el castillo de Melrose; por eso he venido, porque ahora necesito mas que nunca el auxilio de un hombre de honor.

Norval. Esplicaos.

Jorge. Ese Carrford, á quien han dado el mando de la guardia del rey, busca todos los caminos de perderme, y su intento infernal le ha sugerido la idea de emplear ahora, en nombre del rey, el mismo medio que empleó antes en nombre del parlamento. Ha recordado que entonces se me persiguió como depositario de un secreto de Estado, y ha aconsejado á lord Rochester, y por su conducto al rey, que se me pida cuenta de ese secreto, como antes querian hacerlo los puritanos.—Ahora bien; ese secreto, que yo mismo ignoro, y que ha dado lugar á diversas interpretaciones...

Norval. Cielos!... ahora recuerdo... —No me dijísteis, hace seis meses, que ese secreto era relativo á una muger?...

Jorge. Es cierto.

Norval. (*Aparte.*) Sí!... aquel gozo infernal que brillaba en los ojos de Carrford cuando leyó la orden del rey!... sus amenazas á lady Melrose!...

Jorge. No me escuchais?

Norval. Sí, sí... perdonad, ya os escucho.—Y esa muger á quien iba dirigido...

Jorge. La he buscado en vano por toda Inglaterra. El nombre oscuro, escrito en el sobre, es desconocido de todas las personas á quienes me he dirigido; y dudando ya poder averiguarlo, he entregado el depósito á mi madre, cuyo castillo está enfrente del de Melrose... Pero hoy que ese infame Carrford trata de buscarlo, ya no lo juzgo seguro en poder de mi madre; porque ese vil nada respeta.—Yo juré á mi padre moribundo, al recibirlo de su mano, que jamás caeria en poder de nuestros enemigos:

ayudadme vos á cumplir este juramento... y en ello os deberé mas que la vida!

Norval. Quereis que sea yo depositario de ese medallon y de esa carta?

Jorge. Sí: por algunos dias... pocos me bastarán para confundir á Carrford, y alcanzar justicia y reparacion. (*Dándole un anillo.*) Tomad: con esta seña os lo entregará mi madre.

Norval. Voy volando!...

Jorge. Ahora mismo!...

Norval. Sí: y os hago yo á vos el mismo juramento que vos hicísteis á vuestro padre.

ESCENA XV.

DICHOS.—CARRFORD. MACDOWEL. SOLDADOS.

Norval. Jorge. Carrford!...

Carrford. Norval, dónde vas?

Norval. Iba...

Carrford. Quédate, tengo que hablarte.—Sir Jorge, he tenido que cumplir un deber penoso... era la voluntad del rey.—Por fortuna las pesquisas que se me mandaron hacer en el castillo de Melrose han sido infructuosas, y sin duda os habian calumniado. Estais libre, y S. M. os espera. Yo os ruego que me perdoneis haber sido instrumento...

Jorge. (*Con desprecio.*) Decís que se me ha calumniado, y es cierto. Pero Dios me libre de humillarme á pedir satisfaccion al calumniador del daño que ha querido hacerme. (*Mirando con intencion á Norval.*) No confio, sin embargo; é insisto en lo resuelto antes de la llegada del coronel Carrford.

Carrford. Insistís en lo resuelto!... qué significa? (*Sir Jorge se va sin responderle, y mirando á Norval.*)

Norval. (*Aparte.*) Entiendo.... iré al castillo de Hamilton.

ESCENA XVI.

NORVAL. CARRFORD. EL SARGENTO. SOLDADOS.

Norval. Segun veo, coronel, lo mejor de nuestro plan ha ido por tierra.

Carrford. (*Sonriendo.*) Eh? qué dices?

Norval. Que mañana se casa con Arabela.

Carrford. Puede ser.

Norval. Ya está libre.

Corrford. Y qué importa?

Norval. Y no teneis aquella prueba con que contábais, y que habia de afirmar vuestro influjo sobre la madre.

Carrford. (*Riendo.*) Pobre Norval!...

Norval. Pues qué hay?

Carrford. Aguarda un poco. (*Vuélvese hácia Macdowel.*) Retírate ahí fuera: dentro de un instante volveremos á reunirnos á la cacería real.

ESCENA XVII.

CARRFORD. NORVAL.

Norval. (*Aparte.*) Otra vez esa risa infernal.

Carrford. Te he ofrecido no tener secretos para tí.—Mira... ves?... un medallon... una carta. (*Los saca del seno y se los enseña.*)

Norval. (*Aparte.*) Qué veo!...—Y eso...

Carrford. Esto es lo que yo buscaba... y tengo en mi poder.

Norval. Pero cómo?... por qué medios?...

Carrford. Mientras los soldados registraban el castillo de Melrose, se me ocurrió la idea de ir yo solo al de la condesa Hamilton... y allí logré con facilidad, haciendo temer á la pobre vieja por la vida de su hijo, que me entregase este secreto de estado.

Norval. Pero, segun me dijo sir Jorge hace seis meses, no es tal secreto de estado... es solo una carta de amor dirigida á una muger.

Carrford. Bien: despues que yo se lo venda al gobierno á buen precio... qué me importa?

Norval. Y habeis leido el sobre?

Carrford. Léelo tú tambien.

Norval. (*Leyendo.*) «A Lucia Barcklay.» —Y quién es?...

Carrford. Una aldeanilla...

Norval. En ese caso...

Carrford. Que despues se ha convertido en noble señora, la favorita de la reina, Lady Melrose!

Norval. Lady Melrose?

Carrford. Esta es la prueba que yo buscaba: y ya conoces que para mí puede ser mas precioso esto que un secreto de estado.

Norval. Coronel... no creo que hagais uso de esa carta.

Carrford. Sí tal... Quién me lo ha de estorbar?

Norval. Pero reflexionad que esa muger ha hecho ya bastante por vos. Por grande que sea el odio que profesemos á esos nobles, yo creo que merece alguna gratitud la que os ha devuelto vuestro empleo, vuestra fortuna; y espero que no emplearéis semejantes medios para humillarla y perderla.

Carrforr. Tú te has vuelto loco!

Norval. Ah! yo os lo suplico!... abriguemos sentimientos mas nobles, mas dignos de dos antiguos soldados de Cromwel!... Rompamos esa carta.

Carrford. Jamás!.... estás en tí? — De dónde te sale ahora ese acceso de virtud puritana?—Esta carta es mi fortuna y la tuya... es el talisman que me ha de convertir en feliz esposo de la heredera mas rica del reino unido.

Norval. (*Aparte.*) De mi hermana!

Carrford. Y si su madre me la niega, guardo esta carta para leérsela al que la quiera oir... y si me apura, la hago imprimir, para que el nombre de Lady Melrose ande de boca en boca, y sirva de risa y chacota á nobles y á plebeyos.

Norval. (*Tronando.*) Miserable!!...

Carrford. Eh?... Qué?... Qué es eso?...

Norval. Esto es, coronel Carrford, que ya no puedo contenerme á vista de tanta bajeza y tanta infamia!... Esto es que te miro como al mas vil y despreciable de los hombres!... Esto es que vas á entregar al instante... al instante, ese papel... ó que uno de los dos no saldrá vivo de esta cabaña! (*Diciendo esto pone mano á la espada. Macdowel y los soldados se presentan, atraidos por las voces.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS.—MACDOWEL. SOLDADOS.

Carrford. (*A Macdowel, con frialdad.*) Prended á ese hombre, que ha levantado la mano á su coronel.

Norval. (*Aparte.*) Cielos!... qué he hecho!—Bien, mi vida es tuya... pero aun es tiempo... Rompe esa carta aqui... delante de mí... ahora mismo... ó publico quién eres... y los medios de que te vales para perseguir á una muger.

Carrford. (*Con calma.*) En horabuena!... y mientras tú te entretienes en eso... me entretendré yo en publicar esta carta, donde se manifiesta lo que hizo veinte años há la que hoy es favorita de la reina.

Norval. (*Aparte.*) Dios mio!... Dios mio!... tengo que callar!

Carrford. (*A Macdowel.*) Prendedlo!

ESCENA XIX.

DICHOS.—WILFRID. SIR JORGE.

Vilfrid. Prender á quién?... á mi hijo?... al capitan Norval?

Todos. Capitan!

Vilfrid. Sí, capitan. Qué os sorprende?... No habeis sido vos, coronel Carrford, quien lo ha solicitado?... yo venia á daros las gracias.

Carrford. Yo!... cómo!... qué decís?...

Jorge. Sí: gracias á vos y á lady Melrose que os ha apoyado, hoy mismo se ha firmado su despacho.

Vilfrid. (*Dando un pliego á Norval.*) Aqui está.... aqui está!

Carrford. No importa: siempre es á un superior á quien ha insultado: yo soy coronel.

Vilfrid. Perdonad... estais en un error... No sois ya coronel desde esta mañana: el rey os ha destituido, al paso que ha nombrado capitan á Norval.

Jorge. (*Entregando un pliego á Carrford.*) Las dos cosas se firmaron esta mañana, tomad.

Vilfrid. (*Loco de gozo.*) Y el regimiento está loco de ale-

gria desde que no sois su coronel. (*A los soldados.*) Compañeros... viva el rey!...

Los soldados. Viva!... (*Carrford pone mano á la espada.*)

Carrford. Primero muerto!

Vilfrid. (*Haciendo marchar á Macdowel y á los soldados.*) Camaradas, dejadnos... este es lance personal.

ESCENA XX.

WILFRID. SIR JORGE. NORVAL. CARRFORD.

Norval. (*Señalando á Vilfrid.*) Doctor Carrford, este es mi testigo.

Carrford. Se negará sir Jorge á serlo mio?

Jorge. No: porque no quiero que al morir entregues á otro ese papel que robaste á mi pobre madre.

Norval. En guardia!

Carrford. En guardia.

Norval. Combate á muerte!... sin tregua ni descanso!

Carrford. Mientras la hoja esté pegada al puño!

Norval. Mientras el corazon aliente en el pecho! (*Tiranse algunos golpes.— Norval pierde terreno estrechado por la espada de Carrford.*)

Vilfrid. Dios mio!... por la primera vez de mi vida tengo miedo!

Carrford. (*Riendo.*) Ah! ah!... ya aflojas, Norval?... te hago ceder?...

Norval. Doctor!... tu lengua es mas temible que tu espada! (*Tírale un golpe terrible, que Carrford pára con la mayor serenidad y con su acostumbrada sonrisa.—Carga inmediatamente sobre Norval, que de nuevo pierde terreno, tropieza y cae en el lado izquierdo del teatro, á tiempo que aparecen por el foro lady Melrose y Arabela.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. —LADY MELROSE. ARABELA.

Lady.—Arabela. (*Gritando.*) Ay!...

Vilfrid. (*Desesperado.*) Norval!...

Lady. Ha muerto!

Norval. (*Levantándose con espada en mano y acometiendo con ímpetu á Carrford.*) No: esa voz redobla mis fuerzas!... Ya soy invencible!—Doctor!... infeliz de tí!... (*Le acomete, le estrecha y le da una estocada en el pecho. Carrford cae dando un alarido.*)

Carrford. Ah !...

Vilfrid. (*Echándose en brazos de Norval.*) Hijo mio!... hijo mio !...

Jorge. Vilfrid... venid... vamos á buscar socorro para este hombre.

ESCENA XXII.

NORVAL. CARRFORD. LADY MELROSE. ARABELA.

Carrford. Los socorros son inútiles... me has herido en el corazon, Norval... y la herida es de muerte!

Norval. Mio es ya el medallon... mia es la carta.

Carrford. (*Apretando entre sus manos convulsivas el medallon y la carta.*) Despues que yo la lea... despues que mi voz moribunda averguence á esa muger delante de tí y de su hija.

Norval. (*Levantando la espada.*) Infame!...

Carrford. Mátame!... y moriré con el consuelo de que te ahorquen por asesino!

Norval. (*Queriendo irse.*) Cielos !...

Lady. Quedaos, Norval, quedaos... yo os lo ruego!..

Carrford. (*Leyendo.*) «Lucia: cuando esta carta llegue á tus manos, el proscrito que te la escribe ya habrá dejado de existir.— Pero en esta hora solemne, tu perdon me es tan necesario como el de Dios. Yo fui culpable contigo: te oculté mi nombre, te ofrecí hacerte mi esposa, y manché tu virtud y tu honra.»

Lady. Escucha, hija mia, escucha !...

Norval. No tembleis, milady!—El mismo os está justificando.

Carrford. (*Leyendo.*) «Perdóname, Lucía, en memoria de mis infortunios, en memoria de nuestro amor... en memoria de nuestro hijo!... Ese hijo de mi corazon vive todavia!...»

Lady. Vive!

Carrford. (*Continuando.*) «En una pobre cabaña, cerca de

Exter... El soldado Vilfrid le ha criado como hijo suyo, bajo el nombre de Norval....» (*Repitiendo con furor.*) Norval !...

Lady. (*Echándose en brazos de Norval.*) Hijo mio!...

Norval. (*Abrazándola.*) Madre mia !

Arabela. (*Id.*) Hermano!

Norval. Yo lo sabia!... sabia que era hijo vuestro... y me he portado como tal.

Carrford. Ah!... morir!... morir sin venganza!—Pero quizá en lo que sigue... veamos... (*Lee con esfuerzo.*) «Cuando Dios restituya la paz á nuestra patria y el trono á Carlos II, quiero que mi hijo Norval se llame Lionel Estuardo... señor del condado de Clarendon y Par de Inglaterra.—Tal es la voluntad postrera y la última súplica que hace al morir en el cadalso de White-Hall= Carlos I, rey de Inglaterra.»

Norval. (*Con exaltacion.*) Carlos I, rey de Inglaterra!... (*Cae de rodillas quitándose el sombrero delante del retrato.*)

Carrford. Ah!... esta carta que le eleva á tal grandeza.... cómo la aniquilaria?... (*Viendo la chimenea.*) Ah!... alli está el fuego!... (*Arrástrase hácia la chimenea, moribundo.*) No llego!... no llego!... ah!... (*Cae muerto. Despréndense de sus manos el medallon y la carta.*)

Norval. (*Volviéndose al ruido.*) Ha muerto! (*Alza el medallon y la carta y lee en ella.*) Lionel Estuardo, señor de Clarendon... Par de Inglaterra.»

Lady. Y digno por tu noble corazon de esa grandeza!... y orgullosa yo de llamarte hijo mio!

Norval. (*Despues de una pausa en que ha mirado á Arabela y al cadáver de Carrford.*) No, madre mia, no!... este es un sueño y yo debo renunciar á él.

Lady. Cómo!... qué dices?...

Norval. Mirad ese hombre muerto á nuestros pies; yo le maté porque queria deshonrar á mi madre, publicando esta carta... Y he de ir yo á cumplir ahora la amenaza que os hizo y que le costó la vida?... No, madre mia, no!—Carrford, al morir, me ha trazado mi deber.—Esta carta... es preciso aniquilarla... (*La echa al fuego.*) Ya no existe!

Lady. Norval!... qué has hecho?...

Norval. Ya os lo he dicho: mi deber... y estoy contento.—No

era un nombre... no eran títulos los que yo buscaba.... sino el amor de una madre!—(*Abrazándola.*) Para vos... para vos únicamente... cuando estemos solos... cuando nadie pueda oirnos... seré vuestro hijo... siempre vuestro hijo... (*Abrazando á Arabela.*) y tu hermano, Arabela!

Lady.—Arabela. Ah!... siempre... siempre!...

ESCENA XXIII.

DICHOS.—WILFRID.—*Luego* SIR JORGE, *con aldeanos y soldados.*

Norval. (*Desprendiéndose de ellas é indicándoles que viene gente.*) Pero delante de gentes, nada mas que Norval... el capitan Norval, que os debe su espada y la gratitud de toda su vida!—(*Indicando á Vilfrid que llega en este momento.*) Y ese... ese veterano que me amparó en mi niñez... (*Echándose en sus brazos.*) siempre... siempre mi padre!

Vilfrid. (*Estrechándole en el seno.*) Siempre tu padre!

FIN DEL DRAMA.

creto de estado.
rias de un coronel.
o el Veronés.
o de la tempestad.
oda improvisada.
lino el tapicero.
os solterones.
mbre mas feo de Francia.
: toledana.
lar.
tigo de una madre.
emorias del diablo.
casa con dos puertas.
ir.
en bofetones.
en vedado.
sario.
e por interés.
ar me vuelvo.
uen padre.
o de Bilbao.
well.
y Paulina.
via de palo.
a, viuda y casada.
otestante.
ina de Médicis.
allero de industria.
bal el leñador.
ela de Belle-Isle.
uelo.
édico y la huérfana.
cto del hambre.
oscripto.
gollacion de los inocentes.
los celosos.
ómicos del rey de Prusia.
adia de Castro.
ombre de bien.
rcajada.
ro.
ecreto de familia.
aventura de Carlos II.
olinera.
ercader flamenco.
cretario privado.
sterna de Alby.
cadena.
y nobleza.
nio Perez y Felipe II.
fo.
e venga sus gravios.
ni.
er y cobrar el cetro.
ce años despues.
o el novicio.
zelos.
imito.
ia la cieguecita.
olitarios.
oja y el encojido.
Batuecas.
onia.
uñal del Godo.
ejor razon la espada.
olino de Guadalajara.
aballo del rey D. Sancho.
ruja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judía de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amorios de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Soboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Machel.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mi.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

50 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

28 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.	*Murcia*.....	Gisbert.
Alcoy.....	Marti Roig.	*Oviedo*.....	Longoria.
Alicante.....	Champourcin.	*Orense*.....	Novoa.
Burgos.....	Arnaiz.	*Pamplona*.....	Erasun.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.	*Palencia*.....	Santos.
Barcelona.....	Piferrer.	*Palma*.....	Gelabert.
Bilbao.....	Garcia.	*Santander*.....	Riesgo.
Cadiz.....	Moraleda.	*Salamanca*.....	Oliva.
Córdoba.....	Berard.	*Sevilla*.....	Caro Cartaya.
Coruña.....	Perez.	*Santiago*.....	Rey Romero.
Granada.....	Sanz.	*San Sebastian*..	Baroja.
Jaen.....	Orozco.	*Vitoria*.....	Ormilugue.
Jerez.....	Bueno.	*Valencia*.....	Navarro.
Leon.....	Miñon.	*Valladolid*.....	Hijos de Rodriguez.
Lugo.....	Pujol.	*Zaragoza*.....	Yagüe.
Málaga.....	Aguilar.		

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.

—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.

—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.

Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

El libro del pueblo: un tomo, 6.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.